

★  
NUMERO  
ESPECIAL  
★



# CNT

Portavoz  
de la CNT  
de España  
en el  
EXILIO

HEBDOMADAIRE autorisé par le Ministère  
de l'Information en date du 3 mars 1946  
Direc.: Federica MONTSENY. — Adm.: F. OLAYA

N.º 797 - 798 - II EPOCA - Precio: 0,30 NF  
Toulouse 7 Agosto 1960

GIROS: «CNT» hebdomadaire, C.C.P. 1197-21  
Tél.: MA 64-90.—TOULOUSE (Haute-Garonne)  
Redac. y Adminis.: 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

## SALUDO AL CONGRESO

CUANDO estas líneas verán la luz pública, faltarán seis días para que comience sus tareas el Congreso de Federaciones Locales que la C.N.T. de España en Exilio celebrará en Limoges. Todas las FF. LL. habrán ya celebrado sus Asambleas y habrán tomado sus acuerdos.

Queda ahora el trabajo más importante a hacer: Resumir, en resoluciones colectivas, revalidadas por el voto mayoritario, lo que habrá sido el producto de largas y apasionadas discusiones. Y esta labor deben hacerla los delegados de estas FF. LL. en el magnó comicio pronto a celebrarse.

A todos estos hombres, elegidos por la Organización para hablar en su nombre, para presentarla, para rubricar lo que será la expresión de la voluntad mayoritaria, dirigimos nuestro más fraternal saludo, deseándoles lucidez y acierto en la fusión de puntos de vista, traducida en Mociones aprobadas por el conjunto. A todos deseamos serenidad de espíritu, exenta de toda pasión, al ir analizando los puntos del Orden del Día y al ir expresando sus mandatos.

Sabemos cuál es el profundo sentido de responsabilidad de nuestra militancia y cuán grande es su amor por la C.N.T. Aún en aquellos militantes, semi-apartados, que no habrán hecho acto de presencia en las Asambleas, que no habrán tomado parte en el debate en torno a los diversos puntos examinados, aún en aquellos aparentemente alejados de la C.N.T., vive y vivirá siempre el amor de ella. Y lejos incluso de la vida activa, en lo íntimo de sus corazones, jamás se ha extinguido ni se extinguirá nunca lo que fué la pasión más noble de sus existencias, la fe enaltecedora de sus años mozos, el recuerdo de gestas y de luchas en las que pusieron lo mejor de sí mismos.

Esta es una realidad viva y válida para los presentes y para los ausentes, para los que estarán representados en el Congreso y para los que estarán moralmente fuera de él; para los que, desparramados por el mundo, se alejaron físicamente de las actividades orgánicas y para los que, en España, bajo la dictadura, viven fuera de contacto militante, pero con la C.N.T. dormida en el fondo de sus almas, esperando solamente la ocasión para de nuevo aportar a ella su fervor, su esfuerzo, su sacrificio; para los que, en cárceles y presidios, han sufrido y sufren martirio por amor a ella, por amor a la libertad, por amor al derecho, por amor a la justicia.

A todos han de tener presentes en el pensamiento los compañeros que tendrán el honor y el difícil deber de representarnos y en nombre de todos trazar las líneas para una nueva etapa de la C.N.T., en España y en el mundo.

Todos deseamos su fuerza, su grandeza, su influencia, porque sabemos que ellas son la condición sine qua non para que se acelere la liberación de España,

para que el mundo marche con ritmo más vivo por el camino del progreso. Ni sobrestimamos ni minimizamos nuestra personalidad ni nuestra irradiación espiritual. Simplemente, tenemos conciencia de ello y deseamos que todos los compañeros que deben ser los intérpretes de la voluntad mayoritaria de la C.N.T. estén bien penetrados de esta convicción y de este concepto.

Compañeros delegados al IV Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo de España en el Exilio: Medio siglo de lucha por la libertad, por la manumisión del proletariado, por el progreso social y político de los pueblos; por la liberación del hombre de todos los dogmas, prejuicios y cadenas materiales y morales, os precede en las tareas constructivas de este Comicio, en el que la Organización se valorizará y proseguirá su obra a través de vuestras personas, de vuestras palabras, de vuestros acuerdos. Tenemos plena confianza en vosotros y en que sabréis ser dignos del pasado, del presente y del porvenir de la Gloriosa Confederación Nacional del Trabajo.

## España, su Pueblo y sus Gobiernos ANTECEDENTE QUE NOS ADVIERTE

Todos los días del año, en España, ofrecen un signo cálido y brillante de remembranza popular. Y todos sintetizan sacrificios en pos de más vastos horizontes de libertad, incontenible deseo de los hombres y pueblos subyugados por gobiernos excesivamente opresores.

El mes de julio, para nuestro desdichado país, es el de las insurrecciones álgidas que alteran la estabilidad de «los gobiernos fuertes» y los hacen caer. ¿Con premeditación? ¿Por convenido proceso conspirativo? ¿Por acción espontánea? Todos los casos se han dado, pero el de la espontaneidad popular se hace acreedor de un paréntesis que dejamos para otro momento.

En silencio o gritando, todos los gobiernos opresores tienen la maldición de los oprimidos. Salvo casos patológicos, ningún ser humano se acomoda alegremente a la esclavitud. Lo frecuente y real ha sido, ante situaciones de peligro, acariciando la perspectiva liberatriz, una actitud de reserva que en cada hombre levantaba un interrogante. Pero llegado el momento oportuno, y promotor de éxito, se disipan las reservas, se declaran los sentimientos en actitud de conjura contra la tiranía imperante, y la revolución gana la intervención de pueblo para cubrir objetivos sociales.

A más de lo que constatamos y vivimos en 1936, julio de 1854 produce un fenómeno que nos advierte lo que en España puede suceder de un momento a otro. ¿Tendremos nueva edición corregida y aumentada? Presentimos que sí. El ritmo apocalíp-

tico de San Luis ágita las pretensiones de quienes se creían providenciales. O'Donnell y Espartero, aunque recalitrantes conservadores, son las figuras visibles que se prestan a abrir las puertas de una nueva fa-

### Por Severino CAMPOS

ceta política, antes que la multitud intervenga y haga de las suyas.

También ahora se musita sobre el providencialismo de ciertos renegados del fascismo español. Y se aluden ciertos nombres, como probables y convenientes interventores en un cambio que se apresuran por la presión de factores que operan contra la voluntad de los dictadores y de ciertas democracias.

Avizorar con visión penetrante, en estos momentos, es una obligación de quienes representan organismos antifranquistas. Pero no nos demos por satisfechos con el solo requisito de ser enemigos de Franco. La enemistad con el caudillo, o el repudio postero a su persona, no en todos los que la produzcan podrá eludir la responsabilidad que en su política tuvieron. Y desde luego, al sustanciarse este largo proceso de régimen tiránico que soporta España, cada cual ha de tener la suerte que en justicia le corresponda.

Existen analogías históricas que nos inquietan. Después de larguísimo período de contiendas sangrientas, cuando el suelo español había quedado sembrado de cadáveres, viendo cercano el colapso de las nefastas prerrogativas que la reina usaba, en calidad de soberana, dirigiéndose a

la nación tuvo la osadía de decir: «No habrá más derramamiento de sangre, y mis tropas no pelearán con sus camaradas. ¿Por qué los españoles no pueden ser unos amigos de los otros? Yo los amo a todos ellos. Sé que mi trono está identificado con las instituciones liberales y no deseo debilitarlas. No ignoro los derechos del Parlamento, y quiero que las Cortes se reúnan sin discusión y que se arregle todo. ¿Por qué ha de haber este conflicto entre hermanos?».

Nada pudo evitar la represión del gabinete San Luis ni el requerimiento de la soberana. El 7 de julio, desde Manzanares, O'Donnell y sus amigos lanzan un manifiesto de contenido político que los liberales habían proclamado y divulgado. Se supo, inmediatamente, que el manifiesto en cuestión había sido redactado por Antonio Cánovas del Castillo. El historiador David Hume, hablando de este evento, nos dice:

«Este era un programa que el pueblo mismo podía comprender, y el levantamiento no era ya una rebelión militar organizada para servir a los fines de ambiciosos generales, sino una revolución popular, en la que el ejército ayudaba al pueblo a recobrar sus derechos de ciudadanía. Como una centella, atravesó la nación esta idea, y capital por capital de provincia, fué incorporándose al movimiento.»

Ya está el pueblo en acción propia. El 17 de julio, en Madrid, se recibe la noticia de que Barcelona se había asociado a la revolución. San Luis, por fin, declina y se resigna apresuradamente. La tormenta popular hace abdicar la exaltación brutal de un temperamento despótico, esforzándose para congraciarse con la soberanía, tenía por norma eliminar las vidas que ofrecían alguna sospecha a la corona. El general Córdoba, con el duque de Rivas, forman el nuevo gabinete.

Pero el pueblo, cansado ya de la tolerancia que los jefes políticos y los militares habían otorgado a un despotismo dantesco, y desatendiendo el llamamiento de la reina, adornado con súplicas de hipócrita maternidad pronuncia su elegante arrogancia y actúa por encima de todos los mediadores. El 17 de julio de 1854, por la noche, Madrid, la capital burócrata y cortesana, adquiere las características típicas de nuestras revoluciones populares.

El general Córdoba es impopular; nadie le hace caso, nada pinta. Y el 18 por la mañana, los domicilios de los ex ministros, colaboradores del fatídico San Luis, y el palacio de la reina, son asaltados por la multitud enardecida que clamaba «pan y justicia». La bravura se antepuso a la reflexión y a la timidez; por la libertad y la dignidad humana se arriesgaba la vida.

La acción del pueblo se sistematiza inutilizando lo que era patrimonio de la tiranía que acababa de derrocar; todo lo que la simbolizaba era pasto de las llamas u objeto de destrucción. Y como es natural en esas situaciones, después de haber concentrado tanto dolor, de haber resistido tanta agresividad, de haber soportado tanto derramamiento de sangre, y sumado a su cuenta tantas víctimas, ¿a quién ha de extrañar que fuera en persecución de sus verdugos? Era inevitable y nadie lo pudo impedir. La familia real, aconsejada por el general Córdoba, se pone en fuga. Las hermanas del rey, y su hermano Fernando, se refugian en la embajada francesa. El pobre Fernando, que era muy débil de constitución, dos días después murió de miedo.

La formación del gobierno revolucionario que preside San Miguel no logra calmar a la multitud; el que forma el carnicero Pucheta, en representación de los barrios más menesterosos de Madrid, alienta la subversión y aconseja requisar los artículos de primera necesidad. En tales circunstancias, se llega al 19 de julio de 1854.

Día de expansión y sacrificio popular; día en que se vierte la sangre

## Papeluchos y papeles viejos

Cuando ignominiosamente, se cumplen 24 años de terror y tiranía fascista en España, conviene buscar entre los papeles viejos, testimonios de ultraje y vilipendio, las causas de la demencia política que existe en el mundo para dejar constancia histórica de que el general-generalísimo, más que un producto nacional, es una materia prima de importación para imponerle al pueblo español el sometimiento económico, la esclavitud moral y la explotación capitalista.

La descarada intervención del Vaticano, los fascistas de Alemania e Italia y, el rencor de los señoritos, logran hacer fermentar las fuerzas reaccionarias españolas que, buscando apoyos bélicos y financieros, iniciaron la guerra civil, logrando, después de encarnizada lucha, destruir todas las libertades mínimas amparadas por la Constitución de la República española.

La cobardía y la especulación de las democracias de Europa, teniendo la fuerza totalitaria de Hitler, abandonaron a la democracia española,

permitiendo el nefasto Comité de No-Intervención, la criminal y descarada intervención en la guerra de España, de alemanes, moros e italianos.

España fué — ya todo el mundo lo sabe y sólo los idiotas lo ignoran — la primera víctima en la expan-

### Por Jaime R. MAGRIÑA

sión del imperialismo totalitario de todo color. Los pandilleros de la reacción — católicos inquisitoriales, carlistas, monárquicos, agraristas de la CEDA, falangistas y militarotes — al grito bien ensayado de «Viva España y muera el Comunismo», lograron la destrucción en toda España y un saldo de comprensión cristiana, de más de un millón de muertos.

El 19 de abril de 1937, el ya entonces llamado Caudillo, expidió un decreto «unificando» la Falange y los carlistas y adoptando los ventiseis puntos de la Falange como programa oficial de su «negocio» estatal. Bajo el lema de «Nación, Unidad, Imperio» en 1934, José Antonio Primo de

Rivera (hijo, primogénito del general Primo de Rivera, dictador de España entre 1923-1930), elaboró el programa de Falange, que al usurpar el poder los fascistas, fué la primera ley del Estado para el sometido y expoliado pueblo español.

En 1938 fué otorgado el inmundo por fascista «Fuero del Trabajo» que en su preámbulo deja escrito: «Renovando la tradición católica de justicia social y alto sentido que informó nuestra legislación del Imperio, el Estado, nacional en cuanto es instrumento al servicio de la integridad de la Patria, y sindicalista en cuanto representa una reacción contra el capitalismo liberal y el materialismo marxista, emprende la tarea de realizar — con aire militar, constructivo y gravemente religioso — la revolución que España tiene pendiente y que ha de devolver a los españoles, de una vez y para siempre, la Patria, el Pan y la Justicia...»

En 1942 fué publicado el decreto de la Ley de Creación de las Cortes que fué modificado en 1946, y en 1947 se decretó la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado, estableciendo que: «España, como unidad política, es un Estado católico, social y representativo, que, de acuerdo con su tradición, se declara constituido en Reino.»

En 1945, fué ofrecido e impuesto a los pobladores del feudo falangista, el «Fuero de los españoles» que en su artículo 23 dice: «Los padres están obligados a alimentar, educar e instruir a sus hijos. El Estado suspenderá el ejercicio de la patria potestad o privará de ella a los que no lo ejerzan dignamente, y transferirá la guarda y educación de los menores a quienes por ley correspondan.»

Todas las monstruosidades de la legislación falangista, copiadas y superadas del fascismo italiano y del nazismo alemán, siguen vigentes en España. La masacre de rojos, está, como el cantar misa, a la orden del día. El delator es funcionario del Estado y la pena de muerte una función social. Desde hace 24 años, así están las cosas del vivir y del pensar en España. Para garantizarlas existen los tribunales militares, las leyes de represión, el Concordato con

### IMAGENES Y RECUERDOS DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA



Quando la Plaza de Urquinaona se llamaba Plaza de Ferrer Guardia.

Pasa a la página 7.

Pasa a la página 7.





## 1. - CHINA

### Orígenes de las raíces filosóficas CHINA INMORTAL

«Os anos passam, e com os anos, a nao ser a China, tudo na terra passa...» Así se expresó Eça de Queiroz, con la melancolía propia de ciudadano del minúsculo Portugal, frente a la mastodónica superficie y cifra demográfica que en todas las edades ha espetado la China al mundo. Todo pasa, hasta las civilizaciones, pero la china continúa a pesar de haber tenido, como coetáneas suyas, a las viejas civilizaciones del Próximo Oriente: la Egipcia, la Sumeria y la Minoica.

De las seis civilizaciones básicas que nos señala Arnold Toynbee, surgidas sin el impacto externo de otras culturas y civilizaciones y que son, además de las tres ya mencionadas, la Maya, la Incaica y la China, sólo la última ha permanecido incólume a los embates del tiempo y de los factores externos que han ido socavando a las demás.

Es posible que los occidentales seamos los abaceas de la civilización helénica, pero hay tan pocos atisbos athenienses en nuestra conducta, en nuestros pensamientos y en nuestros sentires, que es de rigurosa impropiedad el considerarnos los seguidores de los preceptos que se discutían en el Agorá egea. Desde hace siglos los derroteros de la llamada civilización occidental se soltaron de los lazos que pudieran unirlos al faro luminoso de la Grecia de antaño.

Mayor ha sido aún el distanciamiento, total cabría decir, entre los egipcios y los mesopotámicos actuales y aquellas pujantes civilizaciones que dieron origen a la historia de la Humanidad con cuna en las orillas del Nilo, el Eufrates y el Tigris.

Por último, el impacto violento del arcabuz, la espada y el crucifijo en el Continente Americano, también arrasó con las dos civilizaciones que Toynbee enmarca como básicas, al lado de las ya mencionadas: la Maya y la Incaica.

Una sola se salvó de los gérmenes disgregantes, arribados de Jerusalem y La Meca. El Cristianismo acabó con el helénismo, el Iracario y los Mayas y el Islam remató lo que ya se debatía en la agonía en Egipto y el Próximo Oriente. La lejanía del gran país asiático permitió la inmunidad para sobrevivir hasta el siglo XX.

Hasta el siglo XX, porque la civilización china también ha recibido, finalmente, el germen disgregante que obligará a su pueblo a incorporarse en el seno de la estandarización universal que nos hace a todos iguales, comunes e incoloros. Este germen disgregante que ha hecho irrupción en China, es el de la nueva irrigación que, desplazando del ara a Jehová, a Jesús, a Mahoma, a Buda, a Brahma, a Shiva, a Vishnú, a las divinidades del Tao y del Shinto, ha entronezado, como deidad única, al Estado en la más absolutista de sus expresiones: la marxista.

El Estado, «El monstruo más frío de todos los monstruos fríos» como lo definió Nietzsche, dejó los derroteros del paternalismo, casi siempre corrupto, es cierto, para abrazar el mayor de los absolutismos en el que nada escapa a su control.

Son muchos los que me han asegurado que la lucha entablada entre «El Capital» y «Los Analectas» no se solucionará en favor del primero. Se me han esgrimido argumentos múltiples en favor del tradicionalismo y de su raigambre en el pueblo chino que terminará por arrojar del país el exotismo que entraña para China el Comunismo Estatal. De la misma manera que Roma, vencedora, sucumbió ante Grecia, vencida, por la superioridad intelectual de ésta última, así han ido sucumbiendo en China cuantos invasores la han conquistado por las armas. La Gran Muralla ha sido impotente para contener a los mongoles y los manchúes, pero la cultura china terminó con el mongol y el manchú en tanto que ente bárbaro y de costumbres diferentes a las del Chung Kuo. El Comunismo Estatal que Europa, industrializada y occidentalista, trata de introducir en China, fisiócrata y oriental, no podrá quedarse

sino a base de transiciones tales que será completamente indistinguible por los marxistas ortodoxos.

Más de treinta dinastías han regido los destinos de China desde sus orígenes hasta 1911, en que fué derrocada la Manchúe. De todas ellas sólo dos gozan de carta de ciudadanía genuinamente china: la Han y la Ming. Las demás, en cierta acepción, son consideradas bárbaras y llegadas del otro lado del territorio consagrado como núcleo del país. Del Asia Central, de la Manchuria, de la Mongolia y más allá. Todas ellas fueron absorbidas por un pueblo pacífico, sin ambiciones de expansión territorial, organizado desde hacia ya mucho tiempo, sobre el andamiaje económico-social en el que la jácena es el pueblo rural y en este pueblo la conducta y la ética de cada uno repercuten en la de todos, quienes son solidarios de los actos de cada miembro de la comunidad.

Se trata, pues, de una estructura ética que, partiendo del individuo, ha servido de coacción y norte para toda la colectividad, quien, inmutable y fatalmente, ha marcado un camino del que no lo han desviado los bárbaros ni la corrupción reinante en la corte y en los sitios oficiales.

Este bloque monolítico, representado por la comunidad rural en todos los pueblos de la Gran China, se rige con las mismas premisas que, hace dos mil quinientos años, ya encontrara embastada el propio Confucio y que le sirvieron para edificar su filosofía que, a través de los siglos, ha sido, en muchos de sus apartados, normativa del vivir chino.

Y es este espíritu comunitario el que ha permitido al régimen comunista actual atreverse a los ensayos, primero cooperativistas y más tarde comunales, que esgrimen ante el mundo como conquistas genuinamente marxistas cuando, la historia así nos los de-

muestra, por el contrario se trata de una continuidad en la existencia del pueblo chino el cual, desde los albores de su historia, ha sido marcadamente colectivista.

Más adelante volveremos de nuevo a tratar el tema de las comunas, porque el mismo significa el punto trascendental y álgido de la experiencia por la que el país está atravesando ahora. Si planteamos este anticipo es como corroboración a la tesis de que el pueblo chino está aferrado fuertemente a sus tradiciones, siendo la vida comunal una de las más sólidas y antiguas de las muchas que la China ha ido adquiriendo a través de su larga e ininterrumpida existencia colectiva.

Hace mucho más de cuatro mil años que existe en el mundo este conglomerado humano que hoy significa un cuarto de la Humanidad, a pesar de que se le quiera «ignorar» en el seno de las Naciones Unidas. Hace ya cuatro mil años que los chinos descubrieron el torno del alfarero, que cultivan el mijo y el trigo; que han domesticado el perro, el cerdo, el buey, el caballo, la oveja y la cabra.

Hace más de tres mil que el poeta chino ya rima sus odas que empezó escribiéndolas en hojas de bambú; que se volcó a su alimento básico: el arroz; que en arquitectura ya emplea el arco compuesto; que usa pinceles y tinta; que la rueda está adaptada a la tracción; que la seda está presente en la artesanía.

Fué años antes de nuestra era que para ser oficial del gobierno se precisaba ya el examen que demostrara la competencia del candidato, que se empleaba el arado, la ballesta, la soja, que se jugaba al fútbol. Cuando Jesús naciera, ya el humanismo de Lao Tsé, de Confucio, de Mo Ti y de Chuang Tsé llevaba quinientos años de ventaja al nazareno. Estos filósofos han precedido todas las ideas progresistas y pacifistas del mundo, han sido los primeros en propagar el ateísmo, el amor universal, la igualdad entre los hombres, la conciencia como motor de conducta, la devoción a la tierra como condición principal de prosperidad de una nación, la renuncia a la violencia...

Inventaron la imprenta mil años antes que lo hiciera el germano Gutenberg o el holandés Costers y se anticiparon a Europa en la mayoría de sus descubrimientos e invenciones, el papel, el carbón, la pólvora, la brújula, el cometa, el papel moneda. Hasta los macarrones tienen sus orígenes en los parajes ribereños del Huang Ho.

La humanidad se posó tan tempranamente en aquellas extensiones, que ya el precursor del Homo Sapiens hace uso de presencia a medio millón de años de nuestro siglo. El Sinantrópous Pekinensis hallado a 50 kilómetros al Sur Oeste de Peking, le disputa al Pitecantropus de Java, con poco período de desventaja, el decanato de los seres proto-humanos. Hace 50.000 años que ya existían seres industriados como lo demuestran los trabajos paleolíticos de Shui Tung Kou.

(Continuará.)

## VENEZUELA DE AYER Y DE HOY

III

Lograr, en el seno del «triunvirato», el puesto máximo, la cima, no era rol pre-reservado del coronel Pérez Jiménez. Por razones múltiples, por causas varias, todo se inclinaba, preferentemente, en favor de Delgado Chabaud.

El premio a la traición, la recompensa a la felonía, el trofeo, contaba con más de un aspirante. La multiplicidad de candidatos a la silla presidencial originó inevitable y reñida pugna. Una sorda lucha, el despliegue de hábiles maniobras, constituyeron la apertura, el preludio, a la escenificación del atentado que terminó con la vida del segundo de los nombrados coroneles. El atentado a Chabaud —prefabricado por sus propios colegas— tras despejar el camino a Pérez Jiménez, sirvió de pretexto al desencadenamiento de una represión sin precedentes en los anales de los cuarteles victoriosos.

Consignaremos, brevemente, que en la preparación técnica de la asonada del 24 de noviembre, los complejos pero evidentes intereses «Yankees» estuvieron representados por el agregado Militar de la Embajada de E.E.UU. Documentos publicados (clandestinamente) durante el régimen de terror, así lo aseveran. El «mentis» oficial, de rigor en éstos casos, aún no ha sido formulado.

La época Gomecista, en la que la policía combatía la oposición, blandiendo el típico y ancho machete criollo, en la que el máximo recurso represivo consistía en la aplicación de la ley de fugas, acababa de ser superada. Termináronse las burdas tramas policiales, montadas con escasos recursos y menos inteligencia. Acabáronse las violencias oficiales a plena luz del día. Concluyéronse las deportaciones por los polvorientos caminos y carreteras, a pié descalzados, realizadas en presencia de un pueblo amedrantado, mudo testigo de atropellos cometidos bajo el ostentoso signo de la omnipotencia.

Inicióse la era del refinamiento en los métodos y en las prácticas; de la tortura dosificada, científica. Los «escenarios» del crimen montábanse con la aplicación de modernos recursos. Nada se hacía a plena luz del día. El asesinato legal amparábase en el oscuro manto, en el denso velo que cubría los ojos de la población.

Cuando por omisión, por descuido, por imprevistas circunstancias, la ciudadanía percibía algún ángulo del crimen, la sumisa prensa, la prensa servil, el vendido periodismo, encargábase de justificar, lanzando epítetos y adjetivos denigrantes contra la víctima, la acción oficial.

El pueblo vivía en la casi total ignorancia de las continuas represiones que se sucedían. Una apariencia de tranquilidad ciudadana parecía justificar la actitud de colectiva inhibición que fuera observada en las horas de la asonada.

La Seguridad Nacional, dirigida por

el fatídico Pedro Estrada, se nutrió y estructuró con los métodos de la policía de Himmler, Franco y otros exponentes de la mecánica represiva de alta precisión.

Una extensa y activa red de soplones a sueldo que comprendía desde el locutor, de radio hasta el cura de parroquia, facilitaba a los agentes del Dictador eliminar o neutralizar cualquier brote opositorista.

Las cárceles y campos de concentración contaban con considerables y reciente población.

La Seguridad Nacional llegó a constituirse en sólida y sola columna de sostén del edificio dictatorial.

La corrupción administrativa se extendió más allá de los límites imaginables. Desde el más insignificante de los funcionarios, hasta el más prominente personero del régimen, participaba en la política de las «comisiones» del porcentaje. El extenso mundo de los negocios se fundió con el amplio campo de la política y la burocracia. Los fraudes y estafas figuraron como punto único del orden del día.

Una simple recomendación abría grandes las puertas de las dependencias oficiales. Una ligera delación conducía, al indicado, a los téticos calabozos de la Seguridad, a la cárcel, al campo de concentración, o al exilio, en el mejor de los casos.

En la hoja de servicios del dictador, en algún archivo de las fuerzas militares, debe de existir, en honorífica mención, su decidida aportación a otras asonadas. El permanente ejercicio de la traición—que siempre se verifica con el previo compromiso de otros participantes— diéronle méritos incontrovertibles para ocupar el alto sitial en

En razón de su propia formación, en virtud de su conocida procedencia, en consideración a su proceder, resultábale de lógica deducción, captar el constante peligro que desde los círculos militares se cernía y estrechaba contra su alta posición.

Hízosele necesario extender los tentáculos de su aparato represivo hasta los mismos cuartos de bandera. Los militares que osaran iniciar una conjura contra Pérez Jiménez, debían contar con las posibilidades de caer en las redes que constantemente extendíanse Pedro Estrada.

Los seguros reductos que siempre fueran los cuarteles, en la preparación de la conjura, fueron gradualmente transformados en amenazas cepos en los que el menor desliz hacía accionar su mecanismo apripsonador. Una atmósfera de creciente desconfianza, de múltiple miedo, invadió los antaños apacibles predios de la conspiración.

El dictador, franqueadas las puertas de los cuarteles, alcanzado el control absoluto de los círculos militares, pudo embriagarse con las ventajas y compensaciones que le proporcionaba su consolidado sitial. Una impresión de seguridad, el creciente convencimiento de superioridad, debían conducirlo a negligir el real valor de sus opositores.

Nuestra insistencia, quizá un tanto machacona, en ocuparnos del específico aspecto militar, refiriendo el papel determinante que este elemento jugó en la vida política del país, no implica la intención de soslayar, menos negligir, la importancia que tiene el cúmulo de intereses convergentes y componentes de los fenómenos que incidieron en la trayectoria político-económica del mismo.

Antes de hacer algunas consideraciones sobre el último particular señalado, será preciso formular la siguiente afirmación: pese a la dilatada geografía venezolana, la victoria o triunfo de cualquier cuartelazo o insurgencia militar, consiguiase previo el dominio o sometimiento de la Capital de la República.

Dominada Caracas, ocupado el Palacio Presidencial, el posterior rendimiento o adhesión de las Provincias, del Interior, era labor reservada a los aparatos trasmisores de radio, privados y públicos. Así fue en el pasado, y las excepciones que pudieran anotarse, por su carácter y cuantía, no alteran esta vieja regla.

La geografía económica del país, hasta la incrementación de las explotaciones petrolíferas, pudiera enmarcarse en las que se caracterizaron por agropecuarias. Los renglones de exportación, de relativa importancia, lo constituían el café y el cacao. Una limitada producción minera—diamantes, oro y otros metales preciosos— constituían elementos de compensación en la balanza de pagos a las importaciones o adquisiciones exteriores.

De la tierra en proceso de producción, de las inmensas extensiones hábiles al cultivo, eran propietarios un limitado grupo de poderosos terratenientes. El campesinado, el productor de la tierra, estaba sometido a espantosa explotación, al hambre, a la miseria, a la ignorancia, a la degradación.

Las explotaciones petroleras, las concesiones multiplicadas que se otorgaban a las Compañías Americanas (también existen algunas Inglesas y de otras naciones), la creciente demanda del crudo Venezolano cambiaron, radicalmente, la fisonomía económica del país.

TOM.

## La justicia y los niños

\* Al recibir cuatro efusivas letras de la Redacción, recordando la proximidad del «19 de julio», no sabe uno a que tema echar mano. Abundando los trillados, pero faltan los virgenes. ¿Existe, por ventura, alguno de éstos en el abanico de una fecha gloriosa con el que nos estamos refrescando la conciencia y las cien columnas de periódicos «extra» desde hace veinte y pico de años? Es dudoso. Pero sin pretensiones de originalidad ¿por qué no hablar temáticamente del drama de la infancia española en aquellas jornadas intensas de las que ahora conmemoramos el XXIV aniversario?

Tema patético: tema hermoso; tema doloroso. Quizás no corresponda a mi pluma, fría y áspere, el tocar estos altos aspectos de la condición humana, habiendo otras plumas femeninas en nuestro Movimiento que tienen la virtud de servirse de su propio corazón como tintero. Un tintero desbordante de emociones puras, de ideas claras, de líneas artísticas. ¿Y que mejor que un alma y una inteligencia de mujer para interpretar en su incomparable sencillez el drama de la infancia bajo el terremoto político-social provocado por la rebelión fascista del 17 de julio? Ahí está la idea. Solo falta que halle eco. Por lo que me concierne, voy a cumplir el deber de hablar brevemente de este tema, aunque me duela mucho, como cuando estrenamos unos zapatos que son pequeños y estrechos para las toscas dimensiones de nuestro pie.

La primera sensación dolorosa de entonces (¿cuantas habría que sufrir después!) me la produjo un reguero de sangre infantil. Piensa que nuestra psicología nacional se divide en dos partes extremas: la ternura y la dureza. Somos demasiado sentimentales y demasiado elementales. Ante el dolor humano, reaccionamos de manera profundamente emotiva, instintiva, lle-

gando hasta a cegar las luces cartesianas del entendimiento. Alonso de Quijano ya inscribió en su programa ético-social la defensa de los huérfanos, las viudas, los ancianos, los desvalidos. Cervantes sabía muy bien que sin estos principios señeros, su «héroe» hubiese sido un «don nadie», un vagabundo, un extranjero en marcha forzada por los caminos de España. Cuando Don Quijote oía el lamento de una mujer honesta, o el llanto de un niño en mal trance, desenvainaba su espada y, con razón o sin ella, arremetía contra el primero que se anunciara culpable. Ibéricamente, la idea de la justicia nace del corazón, y sale fuera sin detenerse a reposar en el banco del cerebro (como en la ética gala y sajona) cumpliéndose en gestos que unas veces son nobles y fecundos y otras notoriamente perjudiciales.

Si, mi primera sensación dolorosa la produjo un reguero de sangre infantil. Era una importante villa manchega, nudo central de comunicaciones ferroviarias entre el Sur, Norte y Levante. Estábamos a 24 de julio de 1936. La C.N.T., la U.G.T. y los Partidos de izquierda habían sofocado fácilmente la pérdida insurrección local, integrada por «cíviles», señoritos y frailes. Un centenar de ellos esperaban en la cárcel el día en que, trasladados a la capital de provincia, comparecieran ante los tribunales regulares a rendir cuenta de sus actos. Por la calle, en los Sindicatos, en los talleres, en las bodegas, en los campos vecinos, brillantes por el oro de los trigos maduros, el traquin admirable de un pueblo que ponía en marcha la nueva máquina económica y cultural de la Revolución. No se había derramado una gota de sangre. Serían las once de la mañana cuando, sobre el igneo cielo de la villa en paz, apareció la silueta de un avión que la mayor parte de la gente, al verlo

descender a tan baja altura, creyó que se trataba de un aparato leal en misión de reconocimiento. ¿Que confiado es el pueblo! De pronto un estruendo terrible, una conmoción infernal, casi un estampido cósmico, sacudió los cimientos de toda la ciudad. El avión había lanzado una bomba sobre los grandes depósitos gaseosos de la C.A.M.S.A. que explotando vomitaban ahora ríos de llamas sobre las calles y las gentes, que huían despavoridas.

Después ametralló a ras de azotea el inerte edificio de la C.N.T.-F.A.I., y, para completar su hazaña, el avión pirata rondó siniestramente sobre el humilde barrio obrero del Arenal, hasta dejar caer otro artefacto sobre la vieja escuela municipal repleta de niños y niñas.

¡Miserables! ¡Cobardes! ¡Asesinos! Corriendo como un loco me dirigí hacia allí. Antes de llegar al vetusto edificio escolar, hecho escombros y fuego, cedéme como petrificado, frío, tembloroso. Estaba pisando un reguero de sangre, de sangre caliente, de sangre de niño. Cerca una mujer, desgarrada de dolor, oprimia contra su pecho los pingajos ensangrentados de sus dos hijos, víctimas inocentes de la nueva barbarie.

Al día siguiente, con motivo del sepelio de las víctimas, una multitud inmensa (¿diez mil, quince mil almas?) invadió las calles y la plaza consistorial, clamando justicia contra los ejecutores y cómplices de tamaña monstruosidad. El fascismo empezaba a cosechar ya las tempestades que habían sembrado sus vientos de sedición. Ahora no había otra justicia que la que el pueblo quería. El pueblo era dueño de la calle y la calle no podía hacer otra cosa que rubricar con sangre la iracunda justicia del pueblo.

Conrado LIZCANO.



# La revolución en la provincia de CIUDAD REAL

La revolución no comenzó en la provincia de Ciudad Real el 1º de julio de 1936, fecha gloriosa que hoy recordamos, sino en los primeros días del mes de junio del citado año.

Los fascistas no ocultaban sus intenciones perversas, sino que las manifestaban ruidosamente con palabras y hechos. La ola del fascismo crecía por momentos y cada día era más amenazadora. Además, los fascistas gozaban de la protección oficial, como gente de categoría social. A raíz de la insurrección de Asturias, nos encontrábamos en la cárcel de Badajoz más de mil hombres, donde había sitio para trescientos, mientras cuatro fascistas señoritos allí detenidos ocupaban una habitación y cuatro camas de hierro para dormir cómodamente.

¿Qué podíamos esperar? ¿Acaso que los fascistas, que preparaban activamente nuestra destrucción, nos cogieran por sorpresa, sin un plan de lucha y desarmados para degollarnos impunemente y reducir a la esclavitud al pueblo español? Tan ciega actitud no era digna de un revolucionario serio. Había que actuar pronto y actuamos sin perder un momento. Si todos hubieran hecho lo mismo, la fiera hubiera sido destruida en su cubil y el levantamiento fascista sofocado. ¡Y qué inocencia más grande la de esperar que el gobierno diera armas al pueblo y condujera la lucha contra el fascismo, cuando los gobiernos que se sucedieron en aquella república desgraciada habían dado pruebas de la mayor incapacidad revolucionaria, siendo los verdaderos responsables de aquella situación tan peligrosa!

Almadén es una antigua ciudad, conocida por sus riquísimas minas de mercurio, de abolengo republicano, y en aquella época contaba con buen número de socialistas y anarquistas, estos últimos entre los jóvenes. Los mineros trabajaban dos días por semana y además tenían otras ocupaciones como joyeros, comerciantes, agricultores, etc. A las primeras manifestaciones de intoxicación por el mercurio, se les daba de baja y marchaban a una dehesa poblada de eucaliptos para pasar una temporada en reposo al aire libre. Habían alcanzado un retiro en la vejez y las viudas cobraban una pensión vitalicia. La gente vivía económicamente muy bien, pero abusaban del alcohol, y era la ciudad, después de Sevilla, en la que habíamos encontrado más enfermos tuberculosos.

En los días más difíciles de agitación, cuando las persecuciones arreciaban y nos veíamos acosados, buscábamos un refugio en Almadén, donde éramos en extremo estimados. Por eso nos encontrábamos en aquella ciudad a la caída de la monarquía y en el momento de la sublevación fascista.

Corría el mes de junio del año 36, cuando un día recibimos una invitación de unos amigos militares que habían llegado de Marruecos a Madrid, para que fuéramos a su encuentro con toda urgencia. El viaje era fácil y en pocas horas me encontraba entre ellos. Entonces nos expusieron con todo detalle la situación peligrosa en la zona del protectorado español de Marruecos, donde los militares conspiraban sin recato y se disponían a sublevarse contra la República e implantar en su lugar un régimen fascista, a semejanza de Alemania y de Italia. Se acordó vistar el Ministerio de la Guerra e informar a aquellos señores de lo que se trataba en Marruecos por los militares españoles. No acompañamos a la comisión porque nos parecía inútil la visita, como ocurrió. Aquellos amigos volvieron decepcionados de su visita, no habiéndoles hecho caso, y entonces nos separamos con un apretón de manos y la promesa de hacer cada uno lo mejor que pudiera para oponerse al triunfo del fascismo en España.

Los fascistas eran pocos en Almadén, pero el buen sentido del pueblo lo había juzgado como merecían y no los perdía de vista. En su mayoría eran los ingenieros y los altos empleados de la mina, dependientes del Ministerio de Hacienda que administraba la explotación del mercurio. Pocos, pero peligrosos, y conspiraban para apoderarse de la ciudad y de la mina y entregarla a los fascistas en el momento propicio. Hasta se habían dado trazas de tener un ayuntamiento y un alcalde que les fueran sumisos.

Pero un bello día del mes de junio, el pueblo de Almadén, en apariencia dormido, se sublevó como un solo hombre y detuvo a los culpables, entre ellos el jefe de Sanidad de la mina, que en tiempos de la dictadura de Primo de Rivera había firmado un dictamen en conformidad con un aumento de tiempo en el trabajo, que fué desastroso para la salud de los mineros. Entonces existía un consorcio entre el gobierno español y el de Mussolini para explotar las minas de

mercurio en ambos países, advirtiéndole que en Italia no había tales minas, sino unas tierras arcillosas con escaso mercurio.

Los detenidos fueron llevados a la estación de ferrocarril y dirigidos al Ministerio de Hacienda con un cartel colgado en la espalda de cada uno que decía: «Facturados a gran velocidad por indeseables». A consecuencia de aquellos sucesos, la mina se quedó sin ingenieros, que servían muy poco, y los capataces de mina, de acuerdo con los mineros, aplicaron los mejores métodos de explotación.

El pueblo en la calle nos nombró jefe de Sanidad de la mina, a pesar de nuestra oposición a aceptar cargo alguno. El Consejo de la Mina, que residía en Madrid y cuyo director era nombrado por el gobierno, se negó a reconocer oficialmente nuestro nombramiento, pero no nos nombró a otro para que nos sustituyera, temiendo que fuera víctima de la cólera popular.

En las esferas oficiales de Madrid hubo un momento de estupor y se corrió la noticia de que nosotros habíamos proclamado en Almadén el comunismo libertario. Durante breves días estuvimos incomunicados con la corte y seguimos nuestra obra de transformación y movilización de la mina, cuando una madrugada vino a buscarnos el teniente de la Guardia Civil y nos dijo que el ministro Casares Quiroga nos llamaba al teléfono del cuartel.

Puestos al habla, la conversación fué violenta, entre el ministro y el anarquista. Casares Quiroga nos acusaba de haber hecho «una de las nuestras», sublevando a la población, interrumpiendo los trabajos de la mina y proclamando el comunismo libertario. Aquel hombre nos dio una pésima impresión y le contestamos en el tono que se merecía. La sublevación de Almadén la habían provocado ellos, le dije, en su loca carrera para perder la República; los trabajos de la mina no se habían interrumpido un solo momento y lo que había sido un modelo de mala administración del Estado, comenzaba a ser una obra decente y progresiva. En cuanto al comunismo libertario que tanto le asustaba, lo considerábamos como la salvación de España. Cansado, el ministro dió por terminado el coloquio y nos anunció la ida a Almadén de una comisión de ingenieros de mina para conocer lo que allí ocurría.

Y llegaron a Almadén los ingenieros de minas, entre ellos un hermano de los Ortega y Gasset, y quedaron conformes con lo que allí se hacía, no ocultando su satisfacción.

En lo que toca al ayuntamiento del agrado de los fascistas, una noche, mientras todos dormían, a la cabeza de una fuerte columna de hombres decididos, nos apoderamos del local e hicimos venir al alcalde y concejales, siendo destituidos por el pueblo y nombrando en su lugar un Municipio nuevo, con el carácter de Comité revolucionario, para realizar la obra que requerían las circunstancias.

Dominado el peligro fascista en Almadén, dirigimos la propaganda a los pueblos de la provincia, con vistas a la lucha armada que se aproximaba. El factor hombre era muy bueno, pero el armamento nulo, a no ser las escopetas de caza. Pero contábamos con el polvorín de la mina, atestado de magníficos explosivos.

Las noticias que recibíamos de todas partes eran en extremo alarmantes y acusaban la pasividad del gobierno y la falta de preparación del pueblo para un choque tan peligroso contra el ejército fascista.

Narrar lo que allí ocurrió durante la lucha, sería materia para un libro, por lo que nos limitaremos a enumerar los hechos más importantes, que aseguraron el triunfo del pueblo en la provincia de Ciudad Real:

I. — Sublevación de la ciudad de Almadén el día 19 de julio, al tener noticias del levantamiento fascista por unos fugitivos llegados de la provincia de Córdoba.

II. — Aquella noche una columna de sublevados, compuesta por mil hombres armados con escopetas de caza y bien provistos de explosivos, partió de Almadén y penetró en la provincia de Córdoba para atacar a los fascistas. A la columna se sumaron numerosas parejas de la Guardia Civil, mandadas por un oficial, que nos ofrecieron su ayuda.

III. — Después de una noche de marcha, al amanecer el nuevo día, pusimos sitio al pueblo de Sta. Eugenia (Córdoba), en poder de los fascistas. La lucha fué corta y los guardias civiles que defendían la población huyeron al estallar los primeros explosivos. Al llegar nosotros, mientras nos tiroteábamos con los fascistas, la gente de Sta. Eugenia se sublevó, puso en libertad a los izquierdistas detenidos y encarceló a los fascistas más caracterizados del pueblo. Dueños de la población, nos apoderamos de los fascistas detenidos y los enviamos a la cárcel de Almadén. Una parte de nuestra columna llegó hasta El Viso, cerca de Pozo Blanco, rechazó a los

fascistas e hizo prisioneros a varios guardias civiles.

IV. — Los representantes del bloque popular se reunieron en el Ayuntamiento y por unanimidad nos designaron para que dirigiéramos las operaciones militares, así como para que presidiéramos un Comité revolucionario nombrado en el acto con poderes ilimitados. Desde aquel momento firmamos todas las comunicaciones y órdenes emanadas del pueblo de Almadén, haciéndonos solo responsable, ante el enemigo a la vista, de todo lo que allí ocurriera.

V. — Los explosivos almacenados en el polvorín, situado en un montículo a cierta distancia de la ciudad, fueron llevados al 13 piso subterráneo de la mina, para evitar lo que pudiera hacer algún mal intencionado.

VI. — Los talleres de la mina se dedicaron exclusivamente a trabajos de guerra, como balas de escopeta, granadas de mano, tubos de metal cargado de dinamita para volar los cuarteles y las iglesias. De los frascos de hierro para transportar el mercurio, se hizo un arma de destrucción terrible.

VII. — Pronto fueron llegando a Almadén una romería interminable de hombres pidiendo armas con pasión. Se les proporcionaban los elementos de guerra que teníamos en abundancia; se les daban instrucciones para manipularlos con éxito y se iban más contentos que si llevaran un tesoro. No solo llegaron hombres de Almadén, sino también de los pueblos cercanos de las provincias de Córdoba y Badajoz. Aquellas armas no eran muy perfectas, pero manejadas por el brazo iracundo del pueblo, convirtiéronse en elementos formidables de destrucción.

VIII. — En los primeros momentos, en la capital de Ciudad Real es donde la situación se presentaba más amenazadora. Allí se habían concentrado 400 guardias civiles, comprometidos con los fascistas para secundar el movimiento. Pero los amigos de Ciudad Real se sirvieron de una treta para amedrantarlos que les dió el mejor resultado. Ante el coronel de la Guardia Civil, presente en el despacho del gobernador de Ciudad Real, nos pidieron que estuviéramos bien preparados para acudir en ayuda de la capital, con las fuerzas de que disponíamos en el momento que se nos llamase. Dándonos cuenta de lo que ocurría, le prometimos, aumentando en mucho nuestros efectivos, acudir con hombres y dinamita, llevándonos de paso a los mineros de

Puertollano, para incendiar y destruir a la capital en el caso de que se entregara a los fascistas. Ante aquellas noticias y mi insistencia en partir para Ciudad Real, el coronel de la Guardia Civil se sobrecogió tanto, que por fin se decidió a continuar fiel a la República.

IX. — Los puestos de la guardia civil que no se rendían eran asaltados por el pueblo y fusilados sus defensores. En Villanueva del Duque (Córdoba), hubo una lucha encarnizada en el asalto del cuartel, pero triunfó el pueblo y los 24 Guardias civiles allí refugiados perecieron en la refriega. Las familias de aquellos guardias civiles, que estaban fuera del cuartel destruido, nos fueron llevadas a Almadén por los guerrilleros y nosotros las atendimos y alojamos con el mayor esmero.

X. — Un día recibimos un mensaje del pueblo extremeño de Talarrubia, pidiéndonos ayuda para destruir el cuartel de la Guardia Civil. De Almadén partió un camión blindado con personal escogido y buena cantidad de dinamita. Pero a poco volvieron para comunicarnos que no se habían cumplido nuestras instrucciones porque la Guardia Civil había introducido en el edificio a numerosas mujeres y niños que hubieran perecido en el ataque. Sin embargo, pudieron parlamentar con los sitiados, los cuales se comprometían a rendirse, siempre y cuando que nosotros fuéramos y les garantizásemos la vida. Nos negamos a intervenir en su favor y luego se entregaron a unos emisarios del gobierno.

XI. — En Pozo Blanco habían concentrado 200 guardias civiles a las órdenes de los fascistas que ocupaban la población. Nuestros guerrilleros asediaban la ciudad y se disponían al asalto, esperando nuestra llegada con refuerzos. En esto se presentaron unos emisarios militares, mandados por el Gobierno, que parlamentaron con los sitiados y los asustaron con nuestra intervención. Lo cierto es que la Guardia Civil se rindió, a condición de que no intervinieramos con los guerrilleros. Pero en el momento de ser entregada la población a los republicanos, los elementos civiles fascistas, que eran numerosos y malos, se abrieron paso con las armas en la mano y escaparon a Córdoba a engrosar las filas del fascismo.

XII. — Un día recibimos un ultimátum de los fascistas, exigiéndonos que cesara la resistencia y entregáramos la ciudad. Venid por ella, miserables, les contestamos. Y como tu-

viéramos noticia que una fuerte columna se preparaba para marchar sobre Almadén, pusimos la ciudad en pie de guerra, empuñamos nuestras armas de destrucción e hicimos un llamamiento a los amigos de la Siberia extremeña, que acudieron de aquellos pueblos en nuestra ayuda. Por lo visto la columna fascista se había puesto en marcha contra nosotros, pero mejor informados de nuestras fuerzas, tuvieron a bien volver para atrás.

XIII. — Un día la Guardia Civil destacada en Almadén recibió la orden de incorporarse al frente de Madrid. Aquellos hombres se habían conducido muy bien y fuimos a despedirlos al cuartel el día de la partida. Antes de marcharse nos recomendaron conmovidos que cuidásemos de sus familias, cosa que hicimos con solicitud.

XIV. — Una noche, mientras dormíamos, la Iglesia mayor fué atacada por la gente y el cura párroco se volvió loco del susto. Como todos los médicos tenían miedo de asistirlo, por temor a la gente de la calle, nosotros fuimos a su casa y nos dimos cuenta del estado lamentable del sacerdote, corriendo de un lado para otro, presa de grande excitación. Había que sacarlo de aquel lugar y colocarlo en un sitio tranquilo para poder curarle. Llamamos por teléfono a los católicos más caracterizados del pueblo, pero todos se negaron a recibir al loco, y entonces tuvimos que llevarlo a una casa muy tranquila, contigua a la mía donde pronto curó. Y no lo llevamos a nuestra casa, porque ya teníamos allí a otro loco en estado de curación, el alcalde de El Viso, que perdió la razón cuando el pueblo fué tomado por nuestras fuerzas.

Teníamos la intención de escribir sobre el estado de ánimo de la gente de aquella región, en el marco del comunismo libertario, pero el artículo se ha hecho muy largo; así que lo dejaremos para otra ocasión, aunque no debemos vivir del pasado, sino de un futuro corregido y aumentado de la gesta que hoy recordamos.

habiendo desaparecido el peligro inmediato de la toma de Almadén por los fascistas, de acuerdo con un centenar de jóvenes libertarios, partimos todos al frente de Sigüenza, para acercarnos de allí a Zaragoza. En Sigüenza nos encontramos con el inolvidable Mauro Bajatierra.

Dr. Pedro VALLINA.

## La solución al problema español no debe incumbir a la Iglesia

De un tiempo a esta parte, según las informaciones de prensa, nos hemos enterado de que una parte del clero español se ha elevado como portavoz de las lamentaciones del pueblo en contra del régimen franquista. También lo hemos sabido —quienes más, quienes menos— por nuestros amigos de allá que nos lo confirman en sus cartas.

Siempre es agradable saber que el Gobierno de Franco merece repulsas; siempre es agradable conocer que el estado de opinión de nuestro pueblo se está dividiendo de un modo más tangible. Pero, en contra de la confianza de muchos, yo pienso que, pese a tan «agradables» noticias, no nos debe ser posible depositar nuestra confianza en el clero español, como solución a los problemas que atañen al país.

No es cuestión de la edad de cada uno, saber el papel que, constantemente, ha jugado o ha intentado jugar la Iglesia de Roma en España. Sabido es por todos la inquisición que siempre ha querido imponer, aún en pleno siglo XX, al amparo de Franco. No vamos a juzgar a los curas por un igual. Todos —pese a sus hábitos— no piensan lo mismo y ya en 1939 tuvimos una prueba de ello, cuando unos cuantos curas vascos prefirieron también el exilio.

Preguntémosnos solamente, ¿qué libertades puede dar la Iglesia al pueblo? Reconozcamos que muchas de las libertades actualmente coartadas en España lo son a iniciativa de la Iglesia. Mucha preparación intelectual o científica no es completa en España por causa de la Iglesia. ¿Qué pretende, pues, la Iglesia ahora? ¿Un doble juego? Puede que sí.

La verdad es que no podemos creer en la buena fe, por ejemplo, de las protestas del Abad de Montserrat, en cuyo monasterio los millones de humildes —económicamente hablando— españoles reciben en su cara la más suprema de las humillaciones, cuando en el interior del santuario se ven rodeados de millones, mientras a ellos les faltan unas cuantas pesetas para

ir tirando. De todos es sabido, como se «recoge» en Montserrat el dinero, cobrando por no importa qué los precios más abusivos. ¿Vamos, pues, a tener en cuenta las protestas del Abad? ¿Pensaremos que va a ser él quien se erija en defensor de los sagrados —estos sí que son sagrados— derechos del pueblo? ¿Pues de otras altas jerarquías religiosas podemos hacernos igual pregunta?

He hablado de «doble juego». Pienso a veces que la Iglesia, presintiendo un cambio, más o menos próximo, puede jugar, como tantas veces lo hizo, con dos caras. Si el cambio no le es favorable, siempre podrá decir que también ella habíase unido a las protestas, o puede que diga más, que fué ella quien las inició. Pero, presintiendo un cambio, puede querer también la Iglesia dirigirlo a su manera y de tal guisa asegurar su continuidad.

Si llegamos a creer en la sinceridad de la protesta de los curas vascos, entonces veremos que en el mismo seno eclesiástico existen no pocas contradicciones y que los obispos les han hecho objeto de una repulsa incluso pública (lo que no deja de ser significativo). Pero los obispos en España son señores que habitan en auténticos palacios, rodeados de toda suerte de riquezas y de guardia, al amparo de toda contingencia de cualquier orden; auténticos señores Esteve que defienden sus actuales posiciones, hablando de caridad sin practicarla.

Pague usted una campana para la Iglesia tal, un altar o una imagen y sus conflictos comerciales serán resueltos. No dedique usted la suma que pudiera costarle una campana, un altar o una imagen a repartirla entre los miles de pobres de necesidad, porque no le será tenido en cuenta.

La Iglesia, ha dicho el Nuncio Apostólico en España, no debe hacer política. Ciertamente no debiera hacerla, pero la hizo siempre y la sigue haciendo aún hoy en España. Las palabras del Nuncio no fueron ciertamente muy claras, pues debiera haber dicho: «Dejar la política para nosotros». No debe olvidarse que la Iglesia está llena

de clases y de escalafones, en los cuales el jefe nunca se equivoca.

Sería una lástima que el pueblo español confiase en estas protestas de una parte del clero, sin acordarse del papel desempeñado por la Iglesia en España a través de los siglos y de modo especial en nuestra guerra tocante a la defensa de las libertades del hombre. La Iglesia nunca perdonó ni a la República el que ésta nos devolviese las libertades merecidas. ¿Qué podemos pues, esperar de ella?

Rodrigo CID.

## Para los paqueteros de "CNT"

De este número extraordinario hemos tirado unos cuantos centenares más. Pero del tiraje del número correspondiente al 19 de julio, nos quedamos cortos, de forma que han quedado pedidos sin servir y la Administración apenas sin ejemplares para el archivo. Ello no hubiera ocurrido, si los compañeros responsables hubiesen hecho por anticipado su pedido, permitiéndonos con ello fijar una tirada correspondiente a las demandas.

El próximo número de «CNT» será también extraordinario, por las razones ya expuestas a nuestros suscriptores y paqueteros en el número correspondiente al 31 de julio.

Rogamos que, con tiempo —durante las dos semanas de vacaciones y cierre de la imprenta el periódico no podrá salir — se nos formulen los pedidos que pueda haber superiores al número normal de ejemplares recibidos de «CNT» en cada localidad.

Ello servirá para el buen orden de nuestra Administración.

Repetimos lo que ya dijimos en anteriores ocasiones: aquellos paqueteros que tengan números sobrantes del especial dedicado al 19 de Julio, les rogamos nos los devuelvan, pues nos hacen falta.



# EN EL CENTENARIO DE MARAGALL

## MARAGALL Y BAROJA

QUIERO evocar aquí la figura de Maragall en sus relaciones con el gran vascó, también desaparecido, y como homenaje mío —un poco solitario—, en el centenario del poeta. Estas relaciones, mejor estos contactos, aunque escasos y breves, ofrecen, a mi juicio, un alto interés. No descubren, es verdad, nada nuevo sobre la personalidad de Maragall; pero la afirman en aquello que tuvo para mí de más grande: en aquello que alcanzó su dimensión humana mayor, en aquellas condiciones de comprensión, de universalidad, que hicieron de él la gran figura de su tiempo en Cataluña, y que la harían, y acaso mucho más, del nuestro, ya que hoy esta virtud se ha hecho todavía más rara.

Maragall y Baroja se conocieron en Madrid en uno de los frecuentes viajes que hacía el poeta a la capital de España; fueron presentados por Azorín, y simpatizaron al momento.

Baroja asistió a la sazón a unas reuniones que se celebraron en casa del editor Rodríguez Serra, un catalán establecido en Madrid, y que reunían a los escritores más destacados entre los jóvenes (1).

En casa de Rodríguez Serra conoció Baroja a algunos escritores y artistas catalanes. El entendía y leía el catalán, por su larga estancia en Valencia en su primera juventud; Baroja podía leer directamente a escritores y poetas y conocía bastante nuestra literatura, aunque, en general, la estimaba poco.

En la tertulia del editor, acudían el maestro Vives, Pedro Corominas, Eduardo Marquina, y otros, con los cuales hizo amistad, o se relacionó; más adelante Baroja trató y conoció a otros catalanes, artistas y escritores. Ninguno le gustó, o muy poco. No tuvimos suerte. Dice de Vives que «era listo y simpático», pero dice también que era algo hipócrita. «Vives —dice aun— era un poco gitano», y explica —su cuento eterno— que le pidió prestadas unas pesetas y no se las devolvió. Rusiñol, era, según él, un farsante; le trata de falso bohemio, con lo cual no hacía más que repetir el pensamiento de Clarassó, cuando encarándose con su amigo, le decía: «Tú haces el bohemio; nosotros lo somos».

Aparte de esto, o tal vez por esto, Baroja no sintió ninguna simpatía por nuestro famoso humorista. «No tuve por él —escribe— la gran simpatía que le tuvieron muchos que le conocieron». Se salva un poco como pintor, y ya es mucho; habla mal de Mir, y peor de Meifrán. Alaba un poco a Casas, que procedía con más naturalidad, que era un buen artista, y que le hizo un retrato al lápiz. Uno tiene ganas de decir: Gracias a Dios.

Además, Casas le hizo gracia preguntándole un día «entre ingenuo —dice— e irónico» qué debía leer uno para ser buen pintor.

Mucho menos le entusiasmaron los escritores, y entre éstos el que menos le agradó fué Corominas. «Corominas —dice Baroja— se creía una gran cosa. Quería convencerme —añade aun— de que la literatura española no era nada apreciable enfrente de la catalana y quería también demostrar que no había habido nunca en España poetas como los catalanes.» Estas exageraciones del patriotismo local, era lo que Baroja podía sufrir menos, lo que más odiaba; no lo toleraba ni a su propio padre, de cuyos entusiasmos donostiarros se burló muchas veces. Siempre estos localismos cerrados le repugnaron, y en todas sus manifestaciones, y pensaba que lo importante no era llevar la ciudad al pueblo, sino el pueblo a la ciudad. «No comprendía —escribe, hablando de su padre— que lo importante, en su tiempo y en el actual, al menos desde el punto de vista literario, no es llevar París o Madrid al rincón, sino llevar el rincón a París o a Madrid.» La razón debía de encontrarse entre las dos opiniones. En cuanto a don Pedro, sin duda era verdad lo que de él decía, pero también lo era que tenía condiciones de energía y voluntad, de bondad y simpatía que Baroja no quiso o no pudo reconocer. Miraba demasiado a los defectos, y por esta vez le molestaban demasiado.

No obstante, conociendo a Baroja el hecho tampoco puede extrañar, tanto con respecto a Corominas como a los otros artistas y escritores. Tal cosa no le ocurrió a Baroja con los nuestros, sino casi con todos. La decepción en los dominios de las letras, y aun fuera de ellas, le salió al encuentro en todas partes. Era de una exigencia moral tan elevada que los hombres no podían menos que decepcionarle; le decepcionaron, en efecto, los hombres en general, y en particular los escritores y los artistas, y cuando más grandes eran, más grande fué la decepción.

Los catalanes, lo hemos visto, no fuimos una excepción en la regla; al contrario, Baroja cargó aquí la mano

un poco más; ninguno de ellos le inspiró simpatía, o muy pocos; pero entre éstos se encontraba Maragall y este hecho solo —el que fuera el único— dice a favor del poeta más de cuanto puede decirse con palabras.

A Maragall, en efecto, elogió Baroja sin reservas; con nuestro poeta se encontró a gusto siempre; fué uno de los pocos con quien se entendió, cosa de rotar en verdad, ya que Baroja no se entendió apenas con nadie.

«Era —nos dice de Maragall— de estatura media, vestía modestamente, la barba oscura, no completamente negra.» Parecía —dice— hombre sencillo y de pocas palabras. «No se parecía —dice aun— a los demás escritores catalanes que, en general, se mostraban muy aparatosos y estridentes, y que siempre tenían que comparar a Madrid con Barcelona, como si esto fuese uno de los puntos más importantes a tratar entre personas.» No. Maragall no se parecía a aquéllos, y más abajo Baroja repite aun: «Maragall parecía hombre sencillo y buena persona.»

Lo dice dos veces, lo vemos, y casi igual, en el corto espacio de una líneas y, sin duda, sin proponérselo, prueba de lo mucho que pesaba en él la condición. Pesaba, en efecto, mucho. Con esto último, sin otra cualidad más, lo sabemos bien, tenía ya recorrido mucho camino hacia la simpatía de Baroja. Aquí había más; Maragall, aparte de esto, o unido a esto, era un gran poeta: era de los pocos también cuya obra le había gustado.

Aparte de su sencillez y su bondad, tenía una, como hombre, otra condición: era Maragall un hombre abierto, recto, sincero, de una amplia comprensión, y sabía conciliar muy bien su curiosidad universal, su interés por España, con el amor a su tierra, que no tenía nada que ver con aquello. Su curiosidad, su afán de saber iba a todo; allí donde había «algo» de interés, lo buscaba; sostenía correspondencia con los hombres más importantes de España, y se preocupaba por todos sus problemas. En una carta a Azorín se interesaba por los escritos de Maetz, a quien acababa de conocer y que «le interesó mucho», y le rogó casi con ansiedad que si aparecía algo importante en los nuevos, que no deje de decirselo. «No me lo dejen ignorar».

No le faltaba nada, como vemos, para atraerse la simpatía del novelista. Con Baroja se vieron poco; pero nunca se desmintió para el novelista aquella primera impresión que había despertado en él; al contrario, cada nueva vez que se vieron se afirmó más.

La impresión más viva que nos ha dejado Baroja sobre Maragall se refiere a la última entrevista que tuvo con el poeta; no podemos dejar de citarla, de aludir incluso a ella extensamente, y lo haremos en el próximo artículo. Es del más alto interés, porque en ella se resume la figura de Maragall reflejada en Baroja y se nos revela plenamente el secreto de la simpatía que experimentó por él, el secreto también de su personalidad. No necesitaríamos de nada más para comprenderla.

Según el novelista, habló con Maragall sólo tres o cuatro veces en su vida; de la única que se acordaba

bien era de esta última. Era la más importante.

Se encontró con Maragall, nos dice, en la carrera de San Jerónimo, cerca de Lhardy. Era hacia el mediodía y dieron una vuelta por la plaza del Sol. Hablaron de muchas cosas; hablaron de poetas sin enfadarse, cosa extraña entre escritores, y hasta, cosa más extraña en este caso, estuvieron de acuerdo en algunos casos.

No coincidieron en su estimación de los grandes alemanes; Nietzsche enloquecía a la sazón a los jóvenes; Maragall era un apasionado de Goethe, del que había hecho su guía espiritual, su modelo. «Yo expuse mis reparos al escritor germano —dice Baroja—, a quien por otra parte no conocía en el original.» Tal vez Maragall le expuso los suyos, aunque no lo dice, a propósito de Nietzsche.



Una de las últimas fotografías de Pío Baroja.

ja—, a quien por otra parte no conocía en el original.» Tal vez Maragall le expuso los suyos, aunque no lo dice, a propósito de Nietzsche.

Tampoco se enfadaron. «Yo estaba en el momento más álgido —escribe aun Baroja— de entusiasmo por Dickens y por Dostoiewski.» «Sí, lo comprendo —le dijo Maragall—. He leído lo bastante de usted para notarlo.»

Se ocuparon, después, de Verlaine. Era una de las pocas admiraciones de Baroja en materia de poesía; Maragall se sumó a sus opiniones. «Es el último gran poeta del mundo —dijo, según él, Maragall—. De los modernos —añadió— nadie se le puede comparar.»

Pasaron de él a los castellanos. Baroja le confesó que no era gran lector de poesías. «Ese culto de la palabra —dijo— no lo tengo. Prefiero Bécquer a Rubén Dario.» Maragall tenía el culto de la palabra —en el buen sentido, se entiende—; pero prefería también Bécquer a Rubén Dario. Cuando menos, así lo dijo.

Baroja se creyó obligado a hablarle de los catalanes; le confesó que había leído poco, pero que había leído algo de él.

Maragall pareció sorprendido y a la vez satisfecho. «¿De verdad?», le preguntó. «Sí —le contestó Baroja—, y me pareció muy bien.» Le dijo que no conocía su obra entera, pero que había leído algunas poesías sueltas en revistas literarias.

Baroja le contó aquí que hacía algunos días se había encontrado con

Vives en el teatro Apolo, y que en un salón de espera le había recitado varias poesías suyas, entre ellas «La Vaca cega», «El Comte Arnau», y otras. «Las recitaba —dice—, naturalmente, en catalán y muy bien y con mucho arte. «Sí, lo creo», le contestó el poeta. «Además, me ha parecido —repuso Baroja— que en sus versos no hay el aparato de snobismo y de farsa que hay en la mayoría de las obras que salen de Barcelona.»

Es verdad; no había nada de snobismo y meros de farsa; era la expresión simple, espontánea y natural de su alma; resultaba sólo que esta alma era grande, y grande era la poesía; era la más espontánea y la más auténticamente catalana; Baroja buscaba precisamente esto: autenticidad, sinceridad, y era lo que echaba de menos en la producción de aquellos días de Cataluña.

«Vi que a Maragall —escribe— le gustó que hubiera en Madrid entusiastas de sus versos, cosa —dice— comprensible.»

Es verdad, le gustó, pero le gustó sobre todo, y de esto no cabe duda, que el entusiasta fuera él. Maragall había leído también sus obras y no podía dejar de advertir, con su clarividencia, los valores de fuerza, de belleza y de poesía, digase lo que se diga, que había en ella, su honda palpación humana; en una palabra, el gran escritor que en ella se anunciaba, o que estaba ya en ella, y esto, pese a las reservas que pudiese abrigar, y que seguramente abrigaba. El elogio no podía menos de halagar a Maragall también por esto.

Baroja le habló aún de algunas cuestiones de estilo, que le venían preocupando; se refirió a problemas de aquel orden, con los que luchaba, y le expuso su convicción de que «en los idiomas hay dificultades de expresión que un hombre solo no las puede resolver».

«Cada cual —le dijo el poeta— debe seguir en esto su camino». El lo creía como Maragall, y podía muy bien cerrar la cuestión con las palabras del poeta: «Y dejar que digan.» Las hubiera podido escribir él. Y no sólo por las cuestiones de estilo, sino para con la conducta general de uno ante la vida.

La impresión es breve, pero acabada; y los dos hombres quedan retratados; todo aquí queda simplificado por la simplicidad del protagonista, por la comprensión y por la humildad, y las posibles divergencias, aquello, por ejemplo, que en Unamuno, con respecto a Maragall, se convertía en problema de alta metafísica, en interrogante angustioso —tampoco muchas veces había para tanto—, quedaba aquí reducido a simples modos de pensar, a matices del sentimiento.

No podía, a mi juicio, dejarse en silencio este recuerdo en estos días. Maragall nos aparece aquí en su aspecto más atrayente como hombre; para mí el que ofrece más interés. Grandes poetas había otros en su tiempo; hombres como él, en este sentido, había muy pocos, y en nuestros días todavía menos. Era, en verdad, como se dijo de él, un ciudadano del mundo.

Con Baroja tenían muy poco de común; diferían en sus aficiones, en sus gustos, en su concepto del arte y,

sobre todo, en religión; pero se parecían cuando menos en una cosa: hubo una cosa que los unió, y fué su sentido de universalidad, su amplitud de criterio, su sencillez y su bondad. Aparte de su genio, era lo mejor que tenían.

Fueron dos enamorados de su tierra, de su «pequeña patria», como la llama Baroja casi con emoción. «Tengo —escribe— dos pequeñas patrias regionales: Vasconia y Castilla.» Maragall tuvo una. Todos en España la tenemos, y en ellas ahondamos profundamente las raíces. Pero este amor no fué en ellos motivo de rencores, de fanatismos necios y miserias, como en tantos; fue manantial de fecundas inspiraciones, y tampoco les impidió elevarse a las regiones de lo universal; no se cerraron en un grupo de hombres, sino que miraron al hombre, y en el hombre, a la humanidad.

«Yo, agarrado a los Pirineos y con un injerto en los Alpes —escribe Baroja— me siento archieuropeo.» Algo parecido habría podido decir Maragall —¿acaso no lo dijo?—, y hubiese podido añadir «archieuropeo», «universal», de la gran patria del mundo. Esta es, para mí, y sobre todo, en este tiempo, y entre nosotros, la lección más elevada que nos ofrece el poeta, y su evocación, el homenaje mejor que se le puede rendir en estos días de su centenario.

Sebastián JUAN ARBO.

(1) Este Rodríguez Serra, impresor, en cuya casa se reunía la tertulia a que hace referencia el autor del artículo, merece mención aparte.

Se trataba de un hombre de ideas muy avanzadas, de origen republicano federal, que sintió vivas simpatías por el anarquismo. Gracias a su ayuda desinteresada, pudo empezar a publicarse en Madrid «La Revista Blanca». Federico Urales y Soledad Gustavo formaban parte, con el entonces también anarquista Corominas y con Baroja, individualista, Azorín, Ramiro de Maeztu, anarquizantes, con el cristiano liberal Maragall, influenciado por el tolstoyismo, en la época, y muchos otros catalanes y no catalanes, de las reuniones literarias que se celebraban semanalmente en el domicilio del directo impresor.

Cuando Urales y Soledad Gustavo regresaron del destierro, no tenían ni un céntimo. Y fué Rodríguez Serra el que les hizo crédito para que imprimiesen «La Revista Blanca», pagándole cuando empezaran a cobrar los números publicados. El inmenso éxito obtenido por la publicación, en torno de lo cual se reuniera la élite de la intelectualidad española de entonces, les permitió corresponder como debían con el excelente hombre, que, dado su carácter abierto y generoso, no nadaba tampoco en la abundancia.

Rodríguez Serra, de salud precaria, murió pronto, en los brazos de Urales, que fué, en cierto modo, su ejecutor testamentario.

Todo esto, el autor del artículo no lo dice, porque no lo sabe o porque prefiere no decirlo, siendo este artículo escrito en España. Pero es una pequeña puntualización histórica que viene a cuento y que se impone, en honor de Rodríguez Serra, de Baroja, de Maragall y del Madrid de aquellos tiempos. — (N. de la R.)

## OTRA CRISTALINA VOZ HA ENMUDECIDO

por COSME PAULES

«Para todo lo que se produce se hacen indispensables dos condiciones: «Presentación y contenido». El que escribe debe hacerlo en la misma forma que habla. Para hablar es importante pensar, para pensar hay que sentir y para sentir tiene que estar hecha carne la Idea.»

Luis Felipe VILLEGAS.

Si el heroísmo consiste en «el diario, el lento y laborioso esfuerzo que no se juega la suerte en un instante solemne y teatral, pero si a cada instante de una tarea larga y difícil. No ya desafío a la muerte —con la esperanza del laurel inmediato— sino desafío a toda una vida», Luis Felipe Villegas —el querido amigo y compañero que acaba de morir—, era también un héroe. Nada ni nadie lo hizo renunciar a la ejemplar norma de vida que se había trazado. A pesar de su grave dolencia al corazón que sobrevivió durante muchísimos años, jamás dejó de practicar esa especie de «filosofía riente» de que nos hablara Ryner, al extremo de que durante las difíciles alternativas de sus últimos años, no sintió que nadie padeciera por su causa, llegando hasta esconderse para

evitar la solidaridad con la cual muchos amigos y compañeros deseaban ayudarle a paliar los dolorosos avatares de su maltrata economía.

Creo que fué por el año de 1954, cuando la clerical empresa del diario «La Unión» de Valparaíso, donde por varios años prestó sus servicios como corrector de pruebas, lo lanzó a la cesantía. Desde entonces, enfermo y sin recursos, debió afrontar una existencia que no queremos calificar, pero que fué dura de veras. Ni en esas condiciones, como decimos, quiso aceptar la solidaridad de nadie. A este respecto pensaba y decía que mucho más lo necesitaban los presos y las familias de los luchadores por la libertad de España y otras partes. No obstante, ésto debía ser una excusa para evitar preocupaciones ajenas con respecto a su persona. De lo que no cabe duda es de que un carácter tal, no podía menos que admirarnos. Así se condujo hasta el fin de su vida, apagada en un Hospital de Valparaíso, el pasado 28 de junio.

Estábamos ya tan acostumbrados a verlo salir —no ileso, pero siempre con el mismo real optimismo— de tantas recaídas como en los últimos 5

años, su ya crónica afección cardíaca le había hecho sufrir, que cuando poco antes de la fecha fatal Solano nos escribía diciendo: «Estuvimos en el hospital con Luis Felipe. Nos preguntó por tí. Le dije que ahí estabas», nos resistimos a pensar que su suerte estaba echada, ¡y tan cerca! De pronto —apenas con un intervalo de 48 horas—, el mismo Solano Palacio nos remeció con la terrible noticia: «Luis Felipe murió ayer 28. Lo llevarán a enterrar a Santiago». Bien: eso es todo para el fin de carácter, de un anarquista que enmudece.

Este insignificante ciudadano —fué el mismo Luis Felipe quien ésto nos decía el 26 de octubre de 1959, en una carta—, nació en Montevideo, República oriental del Uruguay, que fundara Bruno Mauricio Zabala en compañía de otros canarios (¿por lo que de amarillo tiene la bandera española? nos preguntamos ante esta esta irónica expresión); de manera que cuando tú me llamas «chileno», cometes una injusticia contra ellos. (Véase su indelible humorismo que él no podía evitar.) Bueno, ya que la tuya vino a agitar las alas del recuerdo —de esas horas en que el mundo nos pa-

rece que es una castaña asada, una trufa la vida y los problemas una nube de verano—; y ya que los dos estamos comiendo el pan lejoso de la tierra que nos viera nacer, o si tú lo prefieres, el pan del ostracismo —no se puede negar que en el fondo somos sentimentales— que entre paréntesis me parece una macana, porque los griegos, que es de donde procede la palabra, llamaron ostracismo a una especie de juicio que terminaba por el destierro de un ciudadano durante diez años, porque el tipo era una amenaza para la Libertad, y, ocurre que en nuestros días, son los que aman la Libertad los que tiene que andar errantes por el mundo. Bueno, ya que tanto interés tienes en saber mis principios te contaré como me inicié, pues presumo es eso lo que te interesa: Estudiaba medicina, era a principios del año 14, cuando los americanos intervinieron en México —para robar como es su costumbre—; nosotros, en Montevideo, en un comicio que no recuerdo quién organizó en protesta de la intromisión de los yanquis, rompimos hasta la bandera del Consulado; por tal motivo, me dieron una paliza por haber tomado parte en el lío. Para entonces, unos gallegos, Manuel Pereyra Bueno y Delfín Colelli, y otros

(Pasa a la pág. 6.)



# Pío BAROJA y la novela española contemporánea

Si se recurre a cualquier manual de literatura española moderna puede apreciarse de inmediato que desde comienzos de siglo hasta 1936 la novela española no se distinguía ni por su plenitud ni por su robustez. El siglo XIX fué el siglo de Galdós, cuyo ciclo novelístico lo corona ampliamente. Los otros novelistas de Valera a la Pardo Bazán— figuran secundariamente a su lado y apenas si treinta años después eran otra cosa que hombres manejables en la erudición literaria. Su vigencia había terminado prácticamente con los primeros veinte años del siglo. Muerto Galdós sólo Pío Baroja construyó un edificio novelístico importante en lo que va del siglo. El inaugura en la península la novela contemporánea. Pérez de Ayala, Valle-Inclán, Azorín o Miró eran otra cosa. En el caso concreto de estos dos últimos, sus novelas apenas si rebasan el esbozo de los tipos y las situaciones, no constituyendo jamás una trama coherente, una novela. Valle-Inclán fue un esteta, un artifice del estilo, cuya temática resplandece y expira con la pirotecnia modernista. Su lectura reclama, ahora, lectores iniciados en la alquimia del lenguaje o esos razaados epigonos del siglo joven y galante. En cuanto a Pérez de Ayala resulta difícil aventurar si su decadencia y caída se origina en la traición a los ideales de la República o en una sequedad prematura de su talento. Era el más novelista de todos, exceptuando a Baroja. Pero los libros de este grupo nunca pudieron trascender un plano minoritario de lectores. Nunca fueron —ni son ahora— populares en el mejor sentido del término. Sus preocupaciones para con su obra eran preferentemente estéticas. Buscaban y consiguieron un estilo y ello redundó en perjuicio de la difusión de su obra. Es el dilema de siempre.

Baroja, en cambio, se preocupó por construir un mundo vivo y abigarrado, profundamente humano. Intuyó maravillosamente que en una novela es tan importante —o más— el tema y los materiales que la forma y el lenguaje. Su estética, tal como él la definió, era «tener vida, fibra, energía, romanticismo, sentimiento o algo que hay que tener porque no se adquiere».

Con estas ideas aparentemente tan ambiguas Baroja acomete la enorme tarea de darle a España un novelista del siglo XX, el que ni siquiera Blasco Ibañez pudo llegar a ser a pesar de sus ambiciones por carecer de autenticidad. Blasco Ibañez fue un impresionista extraviado, como Miró lo fué hacia adentro, recatado e íntimo, sensible y noble a la vez, todo lo contrario de Blasco, seducido a fondo no por el arte sino por los oropeles de la fama. Por el contrario, Baroja representa lo anti-intelectual y lo auténtico. Las deficiencias de construcción o de argumento están compensadas, equilibradas por un derroche de vida, de humanidad, de acción, en sus novelas. En ellas alienta todavía ese rasgo típico de la novelística decimonónica: una fe en el hombre. Paradójicamente se justifican las oscilaciones barojianas en el plano social y político, su idea de España. Como hombre de este siglo Baroja descubrió ya la inestabilidad de los valores aceptados, el deterioro de los convencionalismos, la incertidumbre y la inseguridad del espíritu revolucionario, la aparición del hombre marginal que lo representa. Y todo eso se integra en sus tipos novelescos configurando una temática verdaderamente contemporánea.

De todos los novelistas de comienzos de siglo Baroja es tal vez el más universal, el único que establece un puente de unión entre la novela española y la del mundo. Es también, el más traducido y el más leído en el extranjero. En su designio de dar una imagen cabal del hombre Baroja rebasa el pintoresquismo, el provincianismo, lo doméstico y se inserta en la corriente universal de la literatura europea.

El mundo barojiano es inmenso y absurdo. Los personajes que lo transitan viven una vida casi siempre al margen, insólita, única. Estamos ante individuos reciamente delineados en su estructura moral y cuyo destino inevitable en un mundo organizado y gregario es la colisión, la aventura, el desgarramiento. Todos esos personajes están animados de ideas y en actitud decidida ante la vida. Se insertan o surgen de la realidad. Pero de una realidad tan estrofalada, tan increíble como la vida misma que llevan a cuestas. Porque hay que hacer notar que a ninguno de los personajes de Baroja se les da la vida gratuitamente, como un don del cielo. La vida es una lucha, una consecución cotidiana, un esfuerzo constante y tremendo que muy pocos hombres pueden soportar hasta el fin.

Lo absurdo y lo irrisorio configuran el ambiguo territorio en el que se mueve espiritualmente el hombre actual. Superar esa ambigüedad reclama del héroe una estatura inusual, aquella descrita fabulosamente en los héroes antiguos y que no ha podido ser igualada en los tiempos históricos, es decir,

entre los personajes novelescos más inmediatos. Limitado a su condición humana el hombre no rebasa una altura mediocre y sólo puede alcanzar una dimensión extraordinaria mediante la voluntad. Por eso el héroe barojiano no vive en el sentido literal de la palabra; se abre paso o sucumbe. Porque para Baroja tener voluntad no es sinónimo de triunfar, según una concepción más pragmática o como en la filosofía de Nietzsche, al que Baroja admiró mucho. La voluntad, según Baroja, es un elemento más español. El desenlace de una acción, por denodada y justa que sea, no configura obligatoriamente un premio, una convencional gratificación del destino. El héroe arquétipo de Cervantes ya ilustra esta tesitura española: del absurdo a la acción, de la acción a la derrota o a la irrisión, la forma más peyorativa de caer. Y, sin embargo, el resultado emocional de esas derrotas es inefable e inmenso. No se puede vivir como Don Quijote, pero Don Quijote tenía razón, o, cuando menos, una razón secreta cuyos estímulos no se secan nunca.

Una voluntad desinteresada, espontánea, primaria es más poética y más humana que la voluntad de poder, militar y pragmática. Por eso los personajes de Baroja se diferencian fundamentalmente de los de Balzac. Aquellos tendían desmesuradamente hacia la riqueza, el predominio, la conquista de los salones. Era el resultado tardío y pervertido de los ideales agitados por la Revolución Francesa. Sórdidos y aviesos después de la experiencia del terror y de la intriga como instrumentos políticos, testimonian una voracidad que iba a justificar todos los desafueros de la incipiente sociedad industrial. Los vagabundos y los aventureros de Baroja, unas décadas más tarde, anticipaban el héroe real de nuestro tiempo, al inadaptado, al hombre frustrado y perseguido que es el auténtico personaje de la novela contemporánea.

En las letras hispánicas Baroja tiene el enorme mérito de haber buscado, sin preocuparse mayormente por el estilo y la gramática, la verdad de la vida o su trasfondo. «No es tiempo de escuelas; ahora hay que vivir», era uno de sus lemas. Para vivir no sirven los moldes ni los esquemas. Para describir la vida es menester un sentido dinámico, dramático, del hecho de escribir. La vida insólita, rica en avatares del espíritu, no puede expresarse mediante una sintaxis obtenida químicamente ni por medio de un lenguaje convencional, apto para el discurrir monótono de las gentes vulgares. Necesita ese desaliño propio de la intemperie. A Baroja no le servían los moldes porque todos los moldes eran para él sepulturas del hecho vivo, del personaje de carne y hueso. Por eso no se adaptó al lenguaje convencional ni usó las situaciones y desenlaces típicos en la literatura de su tiempo. Su obra se ofrece como un tumulto, un borbotón hirviente. Intuyó certeramente que el estilo que le convenía tenía que ser desgarrado, incisivo, sarcástico. Por eso, tal vez, su obra se ofrece hasta el final coherentemente en su rica variedad. Esta variedad ha sido confundida con contradicción. Pero ¿no es la vida contradictoria en su mismo desarrollo diario? Sin embargo, no sería difícil trazar un esquema de las constantes barojianas: ironía y sarcasmo, crítica feroz de los convencionalismos, escepticismo tenaz hacia el hombre so-

cial y la sociedad en general, una filtrada nota antisemita doblada de una buena dosis de simpatía hacia lo vasco, rechazo total de los prejuicios religiosos, una visión amarga de España, desprecio reiterado hacia la política y los políticos y una actitud de indiferencia hacia los elogios y las palmas. También habría que anotar su gusto por la soledad, por el tono humilde al tratar de sí mismo y por su boina.

En el momento histórico en el que se produce la obra barojiana; dejando atrás Galdós y su extensa mirada sobre España, la novela peninsular trillaba el tema costumbrista, o un cosmopolitismo «variado», o un erotismo de vía estrecha, o una bohemia ramplona y triste. Baroja, en cambio, inaugura en España la novela del siglo XX con una profunda intuición de la realidad social, con una aguda percepción de lo que se ocultaba detrás del falso optimismo «progresista». A un público satisfecho con una literatura insípida o venial le ofreció novelas como «La Busca» y «Aurora Roja», mostrándole de repente lo que hay más allá de las avenidas arboladas y las calles limpias. El suburbio purulento y dramático irrumpe en su obra sin el tono entre jovial y doliente de la picaresca clásica pero sí con fuerza apocalíptica. En medio de aquel conformismo letárgico que envolvía a la España cerrada y provinciana de 1900, Baroja acomodaba las situaciones y los tipos de sus libros como el minero que barrena la roca donde tiene que colocar la carga de dinamita. Y lo más curioso es que todos los estamentos de aquella España empezaron a agrietarse casi de inmediato. Baroja había intuido con sagaz precisión el movimiento de la historia.

Para una situación conflictiva el tono con que había que expresarla debía acomodarse a su precariedad, a su nerviosidad excepcional. Un tono ácido es el de Baroja. Apasionado y hasta agresivo algunas veces, pero sin verbosidad. La antiretórica fué una de las grandes armas de los escritores del 98. Si Azorín desalmidó el castellano, Baroja le confirió un dinamismo inusitado. Pero en él, tema y estilo son la misma cosa, se condicionan de alguna manera. Sus personajes no se contentan con tener ideas, las discuten, las exhiben, actúan movidos por ellas. Para expresarlos, Baroja recurre siempre a ese tono directo que campea en la calle, no al lenguaje que podría hacer efecto en los círculos. Un lenguaje de aire libre para expresar verdades libres. De ahí la progresión pública de la obra de Baroja. Al margen de los bizantinismos literarios —tan en boga en la España de las tertulias cafeterías—, Baroja tuvo una intuición segura y profunda de su época y de los problemas de su época. Con esa verdad tan acendrada en el espíritu su obra debía crecer en la libertad y expresar la libertad. Baroja vio más allá de las efímeras y transitorias situaciones constitucionales y políticas de España. Vió a los españoles en su azarosa y a veces confusa vocación humana y los representó sin adulaciones ni retoques folklóricos. Sórdidos y voraces, generosos y angélicos. No puede reconocerse en esas encontradas pasiones al hombre verdadero de no importa qué zona del mundo? Por eso la obra de Baroja se ha prolongado en el tiempo, siendo muy viva todavía su influencia en algunos de los representantes de la nueva promoción literaria peninsular.

Benito MILLA.

## GOTAS DE MIEL Y AJENJO

Amigo lector: con placer, un diálogo contigo. Como si estuviésemos juntos, en el tronco seco de una palmera que hace años tengo en la vereda de mi rústico rancho de madera y cinc; allí sentados y en palique fraterno.

\*\*\*  
Tu me hablas en rojo. Yo, te contesto en negro. Eres juventud. Yo, senectud. Ambos, mirando al mañana, como siempre, pero sin dejar de afirmarnos en el presente. La belleza del soñar, es siempre primavera. En tiempos ya idos, le decían «romanticismo», por la riqueza de sentimientos. Ahora le llamamos «idealismo», por riqueza de pensamiento, sumado al sentimiento.

\*\*\*  
Me asombra a mí mismo, cuán sentimental sigo siendo, no obstante la pasión idealista, que me enciende. No debería dolerme tanto, la ausencia definitiva de amigos, y me duele. La siento, como si la muerte, fuese la traición, a la lealtad de mi amistad, de mi devocional afecto.

\*\*\*  
Un caso reciente. No ya, del afín en ideas y sí, del compañerismo del trabajo.

Hacia 20 años, trabajando en el mismo lugar. Medio día o poco menos, todos los días. Un afecto de herman-

dad, por encima de la diferencia de sexos y la distancia de edades. La creía ausente del trabajo, en uso de licencia de recreación anual. Nadie me notició de su enfermedad, hasta el jueves último y había pasado ya un mes... Fui a verla de inmediato, bien cargado de optimismo. ¡Una pleuresía...! ¡Bah! ¡Qué podría hacer esa dolencia contra la noble y buena compañera amiga...! Pasé una hora en su compañía, conversando como lo hacemos siempre en el trabajo. Y me despedí alegre, sin sombra de preocupación mayor, con el lenguaje de siempre: «¡Hasta mañana, Normal!». La mano de ella en la mía y fusionándose nuestras miradas, en la amistad de siempre, como en el galopar de los 20 años de tarea común. Volví la tarde del viernes. Había cerrado sus ojos definitivamente en la mañana. Me sentí robado, herido a traición. ¡Qué canallita la parca! Y aún estoy en pena y ofendido. Sí, amigo: soy un sentimental irremediable...

\*\*\*  
No sé qué me impulsa a contarte esto; pero duele mucho. Otros, harían literatura con esta angustia, devenida de la comprensión y la amistad en la hermandad del trabajo. Yo, ni palabras. Guardo silencio y lloro, si amigo, lloro por dentro, sin lágrimas...

J. TATO LORENZO.

# GEOGRAFIA Y POESIA DEL "MADRID DE GALDOS"

ESTA más que probado que Madrid es una ciudad que tiene su aquél, su «ángel». Eso que, como un lugar común, llamamos «madrileñismo». Acaso no se pueda definir, pero existe, puesto que se crea, se vive y se contagia. Es el Madrid esencial, el contraluz de su propia realidad urbana, la solera de su carácter y de su espiritualidad.

Puede hablarse, y se habla, de creadores de madrileñismo. Pero no son los grandes arquitectos: Gómez de la Mora, Crescendi, Ribera, Sabatini, Ventura Rodríguez, Villanueva. Ni los intuitivos urbanistas —el marqués de Salamanca, Alberto Aguilera, entre otros—, creadores de grandes parcelas de cal y canto. Ni siquiera de los Reyes que dieron a Madrid las oportunidades y las prerrogativas para que llegase a ser lo que es. Cuando se habla en plural de «los Madriles» y del madrileñismo, se habla de algo que si apenas tiene geografía urbana y arquitectura concreta, representa distintas épocas de la evolución y configuración espiritual, poética y literaria de Madrid. Se dice el «Madrid de

de los magos de cuento, tenía la facultad de estancar en unas páginas toda la varia e impetuosa corriente del vivir. Si alguna vez desciende el novelista, por exigencias del relato o del conflicto humanísimo que cada personaje lleva dentro, a los bajos fondos de la golferencia y la delincuencia (calle de Toledo abajo, o por las tabernas de la «cabeza del Rastró»), era para sacar de aquel infierno algunos seres redimidos literariamente por su gran «Misericordia». Galdós no busca deliberadamente un mundo santificado, ni perverso, ni burgués, ni aristocrático. Nada previamente determinado. Los personajes de su mundo «viven» de acuerdo con su ambiente y su conciencia. Y son ellos los que en ese vivir se mezclan y alternan, un picaro con un santo, un golfante de la Cava Baja y un sacerdote que, como el padre «Rubín» tenía vocación de apóstol. Una criatura demoníaca, como «Mauricia la Dura», y una hermana «Guillermina», que el autor llama, «virgen y fundadora». Una dinastía de tenderos de la calle de Postas y un soñador de novelitas, el inefable «Es-

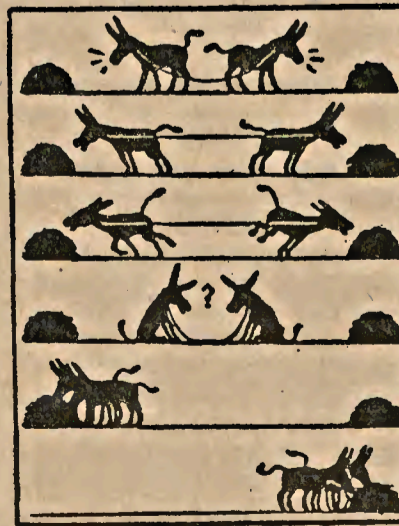


Monumento a Benito Pérez Galdós en los jardines de El Retiro, de Madrid.

Goya», el «Madrid de Galdós», el «Madrid de Arniches». Podrían decirse otros. Pero entresacamos esos tres paletos universales con capacidad mágica para crear madrileñismo. ¿Por qué el sentido intuitivo de las gentes olvida a los creadores de realidades topográficas y recuerda con admiración a los creadores de ilusiones, de fantasmas? ¿Por qué ahora, que ya han pasado cuarenta años desde la muerte de Galdós, se habla cada día con mayor admiración de ese Madrid con geografía y poesía, del «Madrid de Galdós»?

¡Qué capacidad mágica tiene el novelista, cuando lo es de verdad, que no sólo crea una ficción eterna, sino que cuanto toca de la propia realidad precedera lo inmuniza contra la acción destructora del tiempo! Tal es el caso de nuestro Galdós, el novelista nacido en Canarias, que escribe sus principales novelas en el último cuarto del siglo XIX. Escoge para escenario de sus obras el casco urbano de Madrid. El Madrid de la Restauración, que había conocido de estudiante, con su topografía urbana, sus tipos característicos y su ambiente, se convierte, como por arte de magia, en un Madrid que apenas tiene mamposterías, más o menos duraderas, ni responde a un plan municipal de urbanización. Es un Madrid en que lo material urbano se hizo ambiente de unas vidas y escenario de unos hechos, inmortales en su sencillez humana. Tanto es así, que, por más reformas materiales que puedan venir, por más piquetas iconoclastas que atenten contra este «Madrid» que Galdós convirtió en sustancia artística de su creación, nada podrán contra él. Las calles, las plazuelas, las casas y los rincones, que son escenarios de las novelas de don Benito, vivirán tanto como sus personajes, porque adquirieron caracteres de permanencia, de eternidad histórica.

La pluma de Galdós, como la varita



tupiná». Una señora muy señora y una «prójima», sin posible redención. La acción de «Fortunata y Jacinta» se desarrolla en los palacios de la época, en las tiendas, las casas burguesas y los tugurios, que también son de la época.

No es muy extensa la geografía urbana del «Madrid de Galdós» si nos concretamos al «Madrid de Fortunata y Jacinta». Va de dos tiendas, una de aves y huevos, otra de bayetas y paños del Reino, en la plaza Mayor, a la casa de don «Baldomero Santa Cruz», en la plaza de Pontejos. Del Arco de Cuchilleros, en la Cava de San Miguel, al Arco de San Ginés. De las calles de Hileras, Mayor, Arenal y San Cristóbal, a la Puerta del Sol. Es lo que «Barbadita» llamaba, «el riñón de Madrid». Cierta que hay escapadas a otras zonas urbanas o suburbanas, como el convento de las Micaelas de Chamberí y la casa de doña «Lupe», en aquel mismo arrabal. Pero lo que se dice el eje de la obra está centrado, topográficamente, en la fuente de Pontejos, donde «Jacinta» escuchaba cada mañana el «ruido cóncavo de las cubas de los aguadores», o la «batahola que arman los coches del correo» en la calle que aún lleva este nombre.

El cronista puede dar fe de que el «Madrid galdosiano» existe. Es algo más que una frase inventada por los escritores. A pesar de los cambios materiales que ha impuesto el progreso, quedan las casas y las calles sobre cuya realidad física extendió el novelista esa capa de sutil gelatina, impermeable a la acción corrosiva del tiempo. Y en estos escenarios encontramos a poco que afinemos el oído y la sensibilidad a los personajes galdosianos. Yo he encontrado bajo los arcos de la plaza Mayor al gran «Estupinán». Al hablador sempiterno, filósofo desdentado, creyente y practicante, que no faltaba a la misa de ocho en San Ginés, fracasado como tendero. El no servía más que para ser mandado, para obedecer órdenes de otro. El fracaso de «Estupinán» fué su triunfo. Su «vicio» de hablar sin tasa le hizo fracasar en la tienda de bayetas, pero le hizo indispensable en las tertulias de trastienda, tan importantes en aquel comercio finisecular, como los mostradores y las estanterías. Pero la «carrera» del hablador culmina en la tertulia del tendero Santa Cruz, de la calle de Pontejos. ¡Inefable e indispensable «Estupinán»! Carne de hombre y alma de ángel terrestre. Historiador, devoto y contrabandista. ¡Cuánta fibra y cuánto espíritu madrileño hay en tu ideal anatomía psicológica, montada por el genio de Galdós con barro humano y un fuerte soplo de inmortalidad! En memoria de tu eterna charla y de tu creador, permítenos este modesto homenaje a los cuarenta años de su tránsito.

Juan Antonio CABEZAS.



## OPINIONES

## CARTA DE VENEZUELA

(Contestando a Antonio López)

Hay que reconocer, aunque nos duele el decirlo y lo que decimos no sea del agrado de más de uno, que, entre nosotros, existen aún demasiados compañeros que cuando escriben algo en referencia con la situación o las características de algunos pueblos, lo hacen bajo el influjo de su exclusiva apreciación personal o, lo que es todavía peor, obedeciendo estrictamente al estado de ánimo en el cual se encuentran o a determinadas y particularísimas conveniencias económicas o ideológicas. Lo que hace que veamos emitir juicios completamente erróneos sobre personas y ambientes, amén de muchas barbaridades que, además de poner en tela de juicio nuestra seriedad, nos perjudican enormemente. Enfermedad que afecta por igual a los que apenas se atreven a pergeñar malamente cuatro renglones, como a otros muy duchos en el arte de escribir. Efecto de esa causa es el artículo aparecido en el N° 787 de este semanario y bajo esta misma rúbrica y firmado por un tal Antonio López, residente en Venezuela, cuyo contenido es un conjunto de falsas apreciaciones, a más de varios asertos impropios de un compañero y que llevan a amigos y extraños a interpretar lo peor.

Quiere no sea un simple poseedor de un carnet confederal, sino un anarquista convencido y desprejuiciado o un sincero simpatizante de las ideas nuestras, lo peor que puede hacer es caer en la trampa de usar el mismo lenguaje que usan los políticos para criticar la actuación de un gobierno o la situación de un país. Ya sabemos de memoria, al menos los que seguimos manteniendo nuestras profundas convicciones antipolíticas, que todo gobernante o aspirante a tal, promete mucho cuando necesita que lo aupen,

para, en seguida de «llegar», echar en el saco del olvido las muchas promesas hechas. Y como también estamos convencidos firmemente de que ningún sistema estatal, llámese democrático, liberal, conservador o totalitario, tal los regímenes bolchevique y fascista, aportará nada en beneficio de la verdadera libertad, de la justicia social y del bienestar común, nosotros, a la hora de juzgar una situación, no hemos de cometer jamás el error de hacer comparaciones y mucho menos ensalzar a uno, directa o indirectamente, para atacar a otro. Porque en este caso daríamos validez al absurdo de que puede ser posible la realización del milagro de un gobierno salvador de la humanidad. Llegados a este punto y dejando bien sentado el principio de que no reconocemos a ningún sistema estatal y autoritario la más mínima virtud bienhechora en relación con las ideas de liberación y emancipación totales que nosotros propugnamos, hacemos a los compañeros la siguiente pregunta: ¿es que acaso vamos a esperar que los actuales gobernantes y políticos venezolanos realicen el milagro? Naturalmente que no. Con barniz progresista, con más o menos demagogia, siguen el camino trillado de la política tradicional sedicente democrática, a veces adobada con salsa sudorevolucionaria, pero siempre sostenedora del privilegio, del colaboracionismo de clases, y del autoritarismo estatal que permite al capitalismo seguir tan campante en su faena impositiva y succionadora del esfuerzo del trabajador. Pero si bien con la caída de la dictadura no se ha realizado la revolución que nosotros soñamos y que, lo repetimos, no podrá realizar ningún gobierno en tren de tal (ni el de Cuba), el solo hecho de haberse dado al traste con el asqueroso régimen dictatorial, es ya una conquista en el proceso de liberación del pueblo venezo-

lano que nadie, que no sea un obcecado o un tonto de capirote, puede negar. Y sin necesidad de erigirnos en defensores del «mal menor», en el cual no hemos creído jamás, seríamos unos irresponsables si negáramos que desde el 23 de enero de 1958 hasta el presente, hemos podido hacer uso de un derecho de principal significación para nosotros, y que nos era vedado durante la dictadura: el de poder expresar libremente nuestro pensamiento por medio de la palabra o del escrito. Que es mucho para los que seguimos siendo revolucionarios y no pensamos sólo con la panza, ni hemos permitido que los bolivares convirtieran en piltrafas nuestros pensamientos y nuestros sentimientos. Los rascacielos, el teleférico, las grandes autopistas y demás obras de concreto armado, que la dictadura ha realizado, así como lo hizo Mussolini en Italia, Hitler en Alemania y Franco en España, además de ser un excelente medio para los grandes negocios sucios y latrocinios, servían para encubrir la tragedia del pueblo venezolano, sumido en el hambre, la miseria y la opresión más brutal. Tragedia que los muchos López no han sabido o no han querido ver, unos por dejarse deslumbrar por el montaje coreográfico y otros, los más, por pertenecer a ese porcentaje de aquellos que, habiendo dejado los escrúpulos en el fondo del mar, encontraron en aquel ambiente de corrupción y dispendiosidad un medio propicio para sus negocios o para empleos bien remunerados, sin importarles un comino la suerte del pueblo venezolano que sufría los mil vejámenes por haberse lanzado a la resistencia, especialmente el campesinado que fué la víctima más sacrificada por la tiranía. ¿Cómo podían ver las cárceles desbordantes de presos, los campos de concentración, como los infiernos de Guasima y Sacupana, las persecuciones, los atropellos, las torturas y los asesinatos, los que se quedaban al margen de la contienda, aprovechando la danza del bolívar? ¿Cómo hubieran podido darse cuenta de toda esa parte negra del dramático cuadro, los que convirtieron la palabra emancipadora en sinónimo de hacerse explotador, si en aquel «edén» corrían los bolivares que daba gusto? Bolivares que no llegaban nunca al fondo de las quebradas, a lo alto de los cerros, ni a los «conucos» miserables, adonde el pobrerío de la ciudad y del campo, por centenares y centenares de miles, rumiaba su miseria y sus angustias en inmundos ranchitos, sin que tuviera ni siquiera la posibilidad de poder lamentarse o protestar, sin atraerse la furia y el castigo de los acólitos de la dictadura.

Que ahora hay también «policamburismo», o sea el enfufismo, como se denominó a la peste burocrática en España, de acuerdo. Es la enfermedad crónica de todo régimen estatal, siendo la única medicina valedera la abolición de ese sistema. Que ahora hay crisis económica, de acuerdo también. Sería absurdo negarlo, como sería falso de toda falsedad negar que durante la

dictadura la clase trabajadora, y en especial el campesinado, que representa la mayoría, estaba mucho, pero muchísimo peor que ahora. Pero ¿por qué no reconocer también que la crisis actual tiene una de sus principales raíces en la obstrucción tenaz y criminal, verdadero sabotaje, que hacen las fuerzas capitalistas y reaccionarias a todo lo que tiene tendencia a la estabilización del régimen no dictatorial y al mejoramiento de las condiciones sociales y económicas de la clase trabajadora? Pero aun suponiendo culpable de la crisis a este gobierno por no hacer la «revolución» que pretende López, del mismo modo que estúpidamente pretendían algunos ilusos durante la epopeya española del 36, que los imperialistas ingleses, norteamericanos y franceses nos dieran armas y todo lo necesario para hacer efectiva la revolución anti-imperialista y anti-estatal, ¿puede ser eso motivo para añorar la dictadura perezjimenista como especie de ama bienhechora? Nosotros negamos rotundamente eso y no admitimos que semejante aberración pueda caber en la mente de quienes aún poseen un poco de vergüenza y pudor revolucionario.

Será muy bonito ser espectador imparcial, mas para nosotros no existe, no puede existir la neutralidad, ni nos es dable, a fuer de renunciar a nuestros principios, el mantenernos en la cerca contemplando plácidamente como un pueblo, con el cual convivimos y del cual somos parte integrante, está librando una dura batalla contra la dictadura que lo oprime, sin aportar a nuestro esfuerzo desinteresado en esa lucha por la liberación. ¿Quién ha inventado esa doble faz de nuestra actuación y comportamiento, o sea, que seamos revolucionarios en España, y medias almas, renegados y hasta negros, en otras latitudes adonde las circunstancias nos han empujado? ¿Desde cuando nos hemos vuelto españolistas y patrioterros? ¿Qué dirían de esto, Bakunin, Fanelli, Malatesta y otros muchos, si revivieran?

Lo que no toleramos y repudiamos con toda nuestra energía, son los insultos que se dirigen a este generoso pueblo venezolano, tratándolo injustamente de xenófobo rabioso y otras lindezas por el estilo, cuando en realidad no tiene más culpa que la de haber aguantado mansamente a tanto patán soberbio y ribeteado de revolucionarismo, convertido en maestro, pero no de cultura, sino en maestro de hacer dinero de cualquier manera, a costillas justamente de ese pueblo que tanto se calumnia. Esa jerga de todos los aventureros sin escrúpulos en busca de fortuna, que insulta a quien le sirve para dar la sensación de superioridad, da asco en boca de quien se precia de libertario. Desde tiempos inmemoriales, todos los destripaterones y «sabhondos» convertidos en negros, har usado ese lenguaje insultante contra quienes, con su trabajo, les han proporcionado las riquezas acumuladas. ¿Vamos nosotros a caer en la misma aberración? ¿Por qué mentir tan des-

caradamente, cuando se sabe que con eso se ofende a un pueblo que ha sido tan acogedor y generoso, especialmente con los refugiados españoles? ¿Dónde están esos «progroms» contra los extranjeros, sino en la mente de los que están bajo la influencia de la propaganda interesada de aventureros, fascistas y racistas? Hay muchas maneras de hacer xenofobia y racismo. Y López está haciendo xenofobia al revés, que es peor aún porque le hace caer en lo otro: el racismo. Y entonces pronuncia barbaridades como esa de «la no laboriosidad del criollo y la gran laboriosidad del extranjero, que vió con visión clara Pérez Jiménez». De lo cual habría mucho que hablar, pero que es mejor no menearlo, ya que en ciertos aspectos podríamos salir muy mal parados y además podrían surgir a la superficie ciertos resabios de la conquista que, a pesar de todo, siguen latentes en más de uno que se dice libertario. Para terminar, citaremos unos párrafos aparecidos en estos días en un diario de esta capital y que pertenecen a uno de los tantos escapados de España en un barco a vela y ahora «emancipados», pero no desagrado: «...Yo lloré cuando llegué a las costas de Venezuela, cuando vi el verdor de sus tierras, sus majestuosas montañas... y sus gentes... esas gentes que nos recibieron como sus hermanos, que hablaban nuestra misma lengua... que nos dieron desinteresadamente ropas, comida, albergue... y calor... un calor que allá «en nuestras tierras» era desconocido... Después vino el trabajo, la lucha por la vida, pero ya con esa tranquilidad de espíritu del que se sabe seguro y firme... Ahora estamos en la época dura, en una época de crisis transitoria... y los que no consiguen los beneficios que consiguieron en otras épocas, les es más cómodo y más cobarde (permitáseme la frase) liar sus bártulos, liquidar sus negocios y marcharse «echando pestes» del país que los acogió en su seno cuando «estaban limpios». Es mucho más cómodo y más seguro».

Y terminamos con una recomendación para Antonio López y los varios López que andan por ahí, algunos con ínfulas intelectualoides y de sábelotodo, que para escribir ciertas cosas en plan de anarquista sin incurrir en la inconsecuencia y la aberración, es preciso primero limpiarse muy bien de toda clase de prejuicios, empezando por el morbo de la superioridad, que nos hace olvidar cuanta necesidad tenemos de mirarnos en el espejo antes de emitir ciertos juicios. Es muy fácil decirse anarquista. Lo difícil es serlo de verdad, en cualquier parte y en cualquier circunstancia.

Como coletilla a este trabajo, hemos de consignar que no aceptamos como válido eso de «De los artículos firmados son responsables sus autores», para un periódico que no es de empresa, sino órgano oficial de nuestra organización.

Caracas.

Juan VERDE.

## Otra cristalina voz ha enmudecido

(Viene de la página 4.)

más cuyos nombres no recuerdo ahora, ya habíamos dado a leer «A los jóvenes», «Entre Campesinos» y «Germinal» (donde el anarquista hace lo que todos desean, pero nadie se atreve ni a decir). Para qué te cuento, me sentía actor... Con motivo del incidente, me despidieron junto con otros de la Facultad y como reflejo, por mal hijo y deshonra de la familia, de la casa paterna... Con unos pesos en el bolsillo y mi liguera al hombro, parti para continuar estudiando en otra parte; pero como Manuel me había dado una carta para otro gallego —Llamas—, y éste era más activo que los otros, me hizo un discurso y ahí no más terminé. Epílogo: aquí me tienes, viejo, cansado, sin fumar puros ni tomar ron, pero feliz en mi corazón; y con bastante gusto de contarte entre el número de mis mejores amigos. Bueno, ya lo sabes todo, ¿qué más?...»

En la carta transcripta, Villegas nos habla apenas de sus primeros pasos por la ruta de la rebelión y de las ideas que con tanto amor y consecuencia supo abrazar. En su caminar de idealista sincero, fué a dar hasta México, donde actuó intensamente y corrió entre otros a su gran amigo, el actual director de «Regeneración»: Efrén Castrejón, del que hasta sus últimos instantes guardó un recuerdo emocionado y profundo que sabemos era compartido igualmente por éste. (¿Qué nos dirá Efrén con respecto a la última señal de Luis Felipe desde el mundo?)

En Chile fué testigo y víctima del azote de la hidra, como acostumbraba llamar al tiranuelo Ibáñez, que por el año 30 y en compañía de otros feroces esbirros del Estado, causaron el incendio y destrucción de los sindicatos de orientación anarquista; la horrible represión; la relegación a Más Afuera, y el fondeamiento —con una piedra o un hierro amarrados al cuello—, de sus mejores militantes. Luis Felipe, quien se hallaba en Los Angeles (ciudad del sur de Chile), escapó de entre las criminales zarpas de aquella rabiosa jauría, gracias a que halló a mano una ventana trasera que daba al campo libre, cuando ya la parte frontal de la sede de la Federación a la que pertenecía había sido incendiada y el fuego y el sadismo, todo lo consumían. (Un resumen, por cierto que bastante pálido y velado de aquellos horrores, se puede leer, firmado con uno de sus seudónimos —Segismundo de la Tour—, bajo el título de El Movimiento Obrero en Chile, en los números 543, 544, 545, 547 y 548 de este mismo semanario.)

Hará unos diez años que con ocasión de una charla, donde él haría de inteligente relator, nos fué presentado. Desde entonces no varió nuestra amistad compañeril. Y siempre que lo vimos, lo hallamos en posesión de un mismo tono expresivo: clarividente y optimista. Física y moralmente se mantuvo igual hasta el fin. Parecía fundido en un molde de platino que no

variaba sino con su total transformación en la noble madre tierra. Con impecable traje negro —¿cómo haría para conservarlo impecable tantos años? Sin duda que ello era obra de su gentil y esforzada compañera, la que lo acompañó con amor, tanto en las buenas como en las malas horas—; sus zapatos del mismo color, su corbatín tipo «humita», sus camisas de cuello duro y su cabeza descubierta, nos parece estarlo viendo todavía sonriente y decididor, como siempre... Es posible que aquella indumentaria significase para él una ironía más, una especie de «tomar la vida en broma», por encima de todas sus tragedias.

A propósito del fino humorismo de Luis Felipe, no hace mucho nos expresaba desde Francia un compañero su extrañeza de que en uno de sus últimos interesantes trabajos (el espacio nos impide por ahora referirnos a la producción sociológica, literaria y poética de Luis Felipe, en gran parte repartida en periódicos y revistas de diferentes países; también editó varios opúsculos y sabemos que ha dejado inéditas varias obras) tratase de «Don Pedro» a Kropotkin. Para nosotros, ello no tiene nada de extraño: su «filosofía riente» se adaptaba con respetuosa perfección a ese su modo de decir. Por otra parte, no olvidemos que los autores de la última biografía del genial anarquista ruso, no titubearon en llamarlo «El Príncipe anarquista». ¿Por qué extrañamos, pues, de que Villegas lo tratase de «Don»?

Imposible extendernos más, en esta simple, aunque emocionada nota periodística, sobre la vida y la obra de este excelente carácter e inteligente compañero recientemente desaparecido. Nos queda el amargor y la pena de no haber atudido a tiempo a su lecho de enfermo, para recibir el aliento de sus últimos instantes. No nos sentimos culpables de desconsideración ni desafecto por ello, puesto que tantas veces lo habíamos contemplado al pie de la línea que dividía su paso por la tierra... y siempre nos había dado la grata sorpresa de su resurrección...

Y en cuanto a olvidarlo... él sabía que eso era imposible para los que fraternalmente se aman, cuando decía: «Aquí me tienes con la cara de pan de Pascua de siempre. Soy de los que se retardan a veces, pero que no olvidan nunca. Reculo como las mulas para tomar más impulso. Ya sabes que la ausencia no significa de ningún modo olvido; ya ves, te encuentras hace no sé cuanto tiempo ausente de España y no puedes olvidarte de tu estimado amigo Frasquito, por más que no le escribas ni una carta para decirle que esperas verlo pasar por el Tártaro donde la Parca toca la guitarra... De todos modos, si te decides a escribirle, puedes enviarle recuerdos de mi parte.»

¿Hasta siempre, Luis Felipe: para quienes te conocieron y estimaron en todo lo que valías, tu ausencia no quiere decir olvido!

## Sentido del 19 de Julio

Es evidente que el sentido social revolucionario que impulsó a los trabajadores en general, con ellos y en vanguardia a los hombres de la C.N.T., de la F.A.I. y de la F.I.J.L., fué, y será, estrictamente emancipativo social en orden de lucha firme y permanente en pos de la más amplia manumisión.

Sentido de Revolución Social constructiva, alentada por el más ferviente ideal y orientada por los hombres del Movimiento Libertario en la senda común liberadora conducente a la emancipación total del ente humano; sentido de Revolución social encaminando hacia la anhelada meta de Acracia las aspiraciones que nos animan.

Sentido de Revolución social totalmente reivindicativa dentro del amplísimo marco de la tolerancia y de rebeldía contra todo lo anormal existente e injusto estatuido; de lucha consecuente contra retrógrados, reaccionarios y fanáticos fascistas amparados por la nefasta trilogía formada en conjunto por el Estado, la Iglesia y el Capital.

Sentido de Revolución Social inspirado por y en el anarcosindicalismo, en tanto que lucha de clases, que por el hecho de explotar la una a la otra se repelen como el fuego repele al agua.

Sentido de Revolución social impulsada por el creador incentivo que conduce a los trabajadores al Comunismo Libertario, que es tanto como decir: no más explotados ni explotadores, no más amos ni asalariados, no más ricos ni pobres, no más clase media, rica, privilegiada, noble, no más clase pobre, baja o pueblerina, no más Estado regidor de

los soberanos destinos del pueblo que no sea el albedrío, intervención y libre determinación del pueblo mismo.

Sentido de Revolución social inspirado en la Anarquía, que equivale a decir a la total y amplísima emancipación del humano ser, anulación completa de todo sentido de autoritariedad, de coacción, de intolerancia, de toda desigualdad y, en suma, de toda falsa fraternidad, ficticia justicia, convencional humanidad y restringida libertad.

Sentido social revolucionario, con miras a que la laboriosa colmena humana se libere para siempre de todo nefasto y arcaico prejuicio de orden diferente, con origen en lo sobrenatural, derivados en la superstición dogmática, con asiento en no importa qué religión, patrocinada por ésta o aquella Iglesia y con liberación asimilando lo no menos pernicioso sentido Nacional, Patrio y Racial.

Sentido Social Revolucionario, nacido del propio y común anhelo de superación, de total bienestar, auténtica paz, real igualdad, recíproca tolerancia y respeto y concreta libertad, sin más interés que impulse al humano ser a formar la semejanza y a la vida en común con sus semejantes, que el común interés y la felicidad común de uno para todos y todos para uno.

Ampliado en sus diferentes facetas humano-sociales, al tiempo que analizamos sus múltiples e igual diferentes derivados, ese fué, ese es, el sentido Social revolucionario que nos impulsó el 19 de julio de 1936 a la

lucha decidida y firme contra las clases prepotentes, contra la Iglesia, contra la total reacción, contra el totalitarismo fascista militar-religioso que; ávido de dominio y revancha, irrumpió en la tierra que nos vio nacer cual bárbaros irracionales, sembrando por doquier el terror, la miseria, la desolación, el oscurantismo y la muerte, durante la inolvidable y ejemplar epopeya juliana y luego de adueñarse de España entera con la incondicional ayuda hitleriana, mussoliniana y del capitalismo nacional e internacional, unido al compás de la «No intervención».

Ese fué el sentido Social revolucionario que nos animaba a la lucha aquel 19 de julio de 1936; ese es el sentido Social revolucionario que nos anima hoy a continuar la lucha, cada uno en la medida de sus posibilidades y aptitudes, pese a tantos años de forzado exilio, pese a todo y por encima de todo.

Ese fué, sigue siendo, el sentido Social revolucionario que nos impulsó a la lucha, que nos indujo a dejarlo todo, a abandonarlo todo, a no tener en cuenta esfuerzos físicos exagerados, a no mirar no importa qué particular sufrimiento, a cederlo todo, todo; a darlo todo, ¡hasta la vida!

Ese fué, pese es, ese debe ser y será!, el sentido Social revolucionario que nos animó a la lucha aquel 19 de julio, con el pueblo, para el pueblo, confiando en nosotros mismos y en el pueblo, del cual somos y formamos parte integrante y sentimos sus social y humanas inquietudes, sus emancipadores anhelos, sus alegrías, sus sinsabores y sufrimientos.

A. LAMELA



**LLEGARON LOS BARBAROS...**

Días soleados, caliginosos del mes de julio; época de recolección, donde todos los trabajadores del campo se ponen en movimiento. La campiña daba la sensación de estar cubierta con manto dorado. Los trigales, mecidiéndose a impulso de ligero vientecillo, parecían invitar galantemente al campesino a empuñar la hoz y entrar en acción recolectora.

Aquel año se empezaron los trabajos con retraso, a causa de una huelga que habían sostenido los campesinos durante veinticinco días, huelga de la que salieron triunfantes. Pero con todos los medios económicos y morales agotados. La prueba había sido dura; para obtener el triunfo frente a una burguesía cerril, protegida por todas las fuerzas armadas de la República, hubo necesidad de poner en juego toda la estrategia, pericia, coraje y voluntad de la militancia libertaria.

El ambiente que se respiraba era pesado, lleno de inquietud. Nadie ignoraba que la reacción: burgueses, curas y militares, preparaban su revancha. Las reivindicaciones que les habían sido arrancadas por los trabajadores, tenían que volverlas a recuperar. Esperaban el momento propicio para poner en práctica sus taimados propósitos.

En situación tan embarazosa se llegó a la fecha que hoy conmemora nuestro periódico.

Nos encontrábamos en los campos de Jerez de la Frontera. La semilla ácrata, que tan abnegadamente depositó Fermín Salvochea en la conciencia de las masas trabajadoras, empezaba a dar su fruto. Una pléyade de militancia aguerrida mantenía en tensión el ánimo de los productores. Después de duras jornadas de trabajo, se tenía por costumbre reunirse en el Sin-

dicato, cambiar impresiones, comentar los sucesos del día.

Cuando se tuvo noticias del golpe mortal que el fascismo sublevado le dirigió a la libertad y a la dignidad del pueblo trabajador, fué declarada la huelga general, cosa que todos los trabajadores secundaron. Comisiones de compañeros fueron enviadas a contactar con los secretarios de las comarcas vecinas. Por la emisión de la Radio pudimos enterarnos del asalto que daban las multitudes a los cuarteles militares de Madrid y Barcelona. Las noticias que nos llegaban de Jerez y de otros pueblos, eran poco halagüeñas, un tanto confusas. Las autoridades republicanas, así como la mayoría de los políticos, no se manifestaban con sinceridad, daban la sensación de nadar entre dos aguas. El pueblo, tantas veces defraudado, no reaccionaba. La falta de cohesión y enlace entre la misma militancia confederal se hacía sentir. La fuerza mora y marroquines dominaban la capital de Cádiz. El desconcierto, la duda empezaba a cundir entre la clase trabajadora. El Penal del Puerto de Santa María estaba repleto de presos libertarios; de los cuales fueron muy pocos los que tuvieron la suerte de escapar al piquete de ejecución.

Tres o cuatro días después llegaron los bárbaros arrasándolo todo, sin respetar ni edad ni sexo. Asaltando las chozas humildes de los campesinos; llevándose los objetos que les parecían de algún valor. Matando a sus moradores. Los mercenarios del Tercio, los cafres del Rif, azuzados por falangistas y guardias civiles, saciaban sus instintos bestiales con inocentes muchachas, masacrándolas después de deshonrarlas.

Cuando creyeron haber hecho su

«limpieza»; cuando las propiciadas víctimas empezaban a escasear en los pueblos, dirigieron sus mesnadas hacia los campos. En patrullas a caballo, armados hasta los dientes, con perros que olfateaban el rastro, el escondite de los perseguidos, se dedicaban a la caza del hombre, exterminando bárbaramente al desgraciado que encontraban. En tal estado de persecución, huyendo de una muerte segura, con dieciocho años a la espalda, como único bagaje, corriendo como un gamo al que sigue una jauría de canes hambrientos, tuvimos la suerte de pasar a la llamada «zona leal», es decir, a terreno donde el pueblo, los trabajadores organizados, con los libertarios en cabeza, se habían hecho dueños de la situación, venciendo a las fuerzas sediciosas.

Para sentir la alegría en toda la extensión de la palabra, el individuo ha de estar poseído por un sentimiento, por una idea, por alguna ilusión o esperanza y verlo plasmado en una realidad. En ese momento el placer es indescriptible, no puede manifestarse con palabras ni con la pluma todo el goce interno que se experimenta.

Fuó en la comarca de Ronda, en esa tierra bravia, noble y solidaria, forjadora de grandes luchadores, donde por primera vez nos cupo la suerte de vivir un régimen de justicia y libertad. Allí, en una vasta zona donde la influencia de los libertarios era inmensa, se organizaron los municipios libres, federados, dándose cada pueblo el sistema de vida que más acorde estaba con sus necesidades y costumbres. La tierra, los instrumentos de trabajo, así como las distintas ramas de la industria, fueron socializadas. Pasaron a ser propiedad del pueblo. El dinero, uno de los factores que más cizaña sembraba entre los hombres fué anulada. Organizáronse grandes comarcas, donde, de una forma justa, equitativa, se hacía la distribución de los alimentos. Dándole a cada cual lo bastante para cubrir sus necesidades.

Como era época de recolección, las faenas de siega y trilla fueron organizadas por grupos de compañeros, nombrando entre ellos mismos el delegado del trabajo. Los designados daban cuenta del desarrollo de las actividades hechas en asamblea pública, que se celebraba en la plaza.

La bandera roji-negra, ondeaba, desplegada a los cuatro vientos, en el balcón del Ayuntamiento. ¡Era un símbolo de libertad, fraternidad y trabajo! Todos los humildes se manifestaban contentos, nadie presentaba quejas. El orden y la armonía reinaban por doquier. La satisfacción se reflejaba en los rostros curtidos de los trabajadores. El hambre, la miseria, el dolor y las lágrimas habían desaparecido. Todos los productores gozaban de los mismos derechos, de idénticos deberes.

Para asegurar la existencia del régimen libertario que se disfrutaba fueron creadas las Milicias Confederales; integradas, en su mayoría, por el elemento juvenil; al frente de ellas se puso el compañero Pedro López.

Mientras en la «zona libre» la alegría se manifestaba por doquier; el trabajo era un placer porque se hacía entre todos y para todos; mientras en un sector de la Península Ibérica, la igualdad, la fraternidad y el libre acuerdo eran la satisfacción máxima, el anhelo del pueblo productor, antes vilmente explotado; en el otro sector seguía empeorando un estado de cosas indigno. Los bárbaros eran dueños de vidas y haciendas. Haciéndose notar sus pasos por la sangre que hacían derramar, sangre proletaria, sangre de luchadores.

J. HIRALDO.

**Cartas a la Redacción**

Estimada compañera Montseny: Salud.

Aunque alguien diga que tengo la cara más dura que el malecón de La Habana, no puedo por menos que continuar comentando la tragedia de Sullivan, más ahora que lo dejaron salir condicionalmente. Las gotas de agua no se cuentan en el océano; por otra parte, todos los caminos van a Roma, y yo a la vez tengo una cuestión tan personal con quienes hacen las leyes y las administran, que me gustaría que hicieran de cada uno de estos tipos, dos, para que hubiera los suficientes.

LIBRE CONDICIONALMENTE al fin Henry Sullivan, a los 85 años, como se vé en la fotografía que te conjunto examinando el primer misérrimo cheque que le da el Estado de pensión en junio 1960, en Logansport, Indiana. Después de 63 años en prisiones y hospitales mercales, por el pequeño pecado de haberse apropiado de un total de \$ 15.000 en desperdicios de bronce. Y sino se hubiera escapado hace dos años y presentado su caso a los jueces, los cuales admitieron que había estado detenido ilegalmente aun estaría hoy en el cautiverio.

Le dan 10 dólares de pensión mensuales. Le cuesta por su asistencia 65 dólares. Sullivan, sentado en un pequeño cuarto en Shady Street, mirando el mundo que vió la última vez como hombre libre en 1897, dice: Me han tenido encerrado y me han robado de mis derechos constitucionales durante 63 años. El viejo, con sus 85 años, protesta energicamente. El Estado de Indiana una vez más admite que Sullivan tiene toda la razón para colmo de los colmos. (Aquí me parece oportuno aquel poeta gallego, que dijo «si este eu mundo que eu fisen, que us demos me leven.») Le han dejado salir condicionalmente por un período de tres meses, en calidad de convalesciente. Reside en el presente hospedado en una casa con una Señora de avanzada edad que en

otros tiempos tuvo un «Nursing Home», o algo así, como casa de asistencia para personas de edad y de salud delicada. Henry está completamente disgustado por las trabas que le han puesto en su libertad condicional. Quiere recobrar la casa de labranza de sus padres, que parece alguien se ha apropiado de ella. Quiere que ya que su padre perdió la vida en un accidente de ferrocarril en 1923, se le indemnice lo que le corresponde.

Los oficiales de la institución creen que no se adaptará a la moderna y complicada vida de 1960. Creen que regresará al hospital dentro de 3 o 4 semanas, pero Sullivan no comparte esta teoría. El les contradijo esto categóricamente cuando se preparaba para salir de la institución del Estado, y, para colmo de los colmos, parece que no le dieron ni tan siquiera una indumentaria medio decente. Salí según informes con una vieja chaqueta, con un chaleco del año del cólera, camisa con un cuello aun viejo estilo; no obstante parecer algo así como un peripatético, Sullivan se convirtió en el centro de la curiosidad, y él bien lo sabía. Y para terminar el informe del Superintendente del Hospital, Dr. Ernest J. Fogel dice: Es probable que Sullivan se adapte a conducirse bien en la sociedad; es posible que no, pero hay que admitir que la sociedad ha fracasado con Sullivan, como con otros muchos miles. Solamente les ha dado custodia y nada más. Este caso, hoy, en tres o seis meses estaba solucionado. Y digo yo que este es un buen consuelo de tripas: tengo un amigo Italiano de la vieja guardia que a tales incongruencias les llama «ropa de puñales». Pues de este modo se administra la justicia en el país del de la cabeza pelada.

Federica, si te parece, puedes hacer uso de esta carta. Si no, disculpa. Yo tengo el detestable vicio de ser un poco moscardón.

Fraternamente.

Pedro MAYO.

**PAPELUCOS Y PAPELES VIEJOS**

(Viene de la pág. 1.)

la Santa Sede y el Valle de los Caídos.

La enseñanza escolar y universitaria, es confesional y en las escuelas, en los cursos de primaria — primera enseñanza — los libros de texto enseñan que en España se existe y vive para combatir el capitalismo liberal y el materialismo marxista.

W. Churchill, el día 24 de mayo de 1944 (eran los tiempos de la guerra de las llamadas naciones unidas contra el Eje) pronunció un discurso en la Cámara de los Comunes y decía: «Algunos creen que nuestra política exterior respecto a España puede expresarse mejor con caricaturas, llenas de comicidad e ironía, del Caudillo; pero yo creo que esta política tiene mayor alcance».

Nadie puede ni pudo dudar que la tenía, visto que existía el Partido Único de falangistas y requetés y que el Caudillo era y es en todo una pieza de repuesto, jefe del gobierno, del Estado y del Partido. Los españoles de dentro y los que estamos fuera hemos sufrido el mismo mal de la división y la unidad del miedo entre el generalísimo y su ejército, servidor de la tiranía y no de la Nación, permitió que el general Juan B. S. González, capitán general de Cataluña, fuese eliminado, asesinado, como un simple obrero, en 1957. El mismo miedo hace que se admita en la política internacional, como legal, un régimen de importación, impuesto por la fuerza de la traición totalitaria.

El miedo ha permitido que durante tantos años, antes y después de Munich, se mantenga con la ayuda y colaboración extranjera (la de las fuerzas del Eje o la de las llamadas Naciones unidas) la dictadura de una pandilla de traidores. Siempre el miedo, puede más que la fuerza del descontento popular y todos los intentos de liberación interior fracasaron por fuerza de la falta de unidad, a causa de buscarle desde el exilio, una cómoda solución a la caída de la dictadura.

Cuando se compara el fin de las dictaduras de Venezuela, Cuba, Colombia, Turquía, Corea y otras más, con el fin que merece la dictadura de España, la comparación es atrevida y siempre está fuera de enfoque. Cambiar un gobierno no es lo que se espera que suceda en España. La falta de unidad entre todos los descontentos, incluidos los snobs de la reconciliación, no ha permitido que nuestros mentores — Inglaterra y EE. UU. — buscasen o aceptasen la solución al desastre nacional de la dictadura a lo Hitler con Vaticano, apoyada sin duda por falta de comprensión y unidad entre todos, los españoles, enemigos del franquismo y la Falange. Porque, el caso crítico para la gobernación de España, es que la solución monárquica, no es solución y la solución republicana sin republicanos, tampoco.

La única solución — causa del franquismo, y Falange, motor de la sublevación de los requetés y los

monárquicos — es de contenido social, socialista y sindicalista, de democracia obrera sin ingerencias católico-capitalistas y volver a lo viejo (el U.H.P. de Asturias, el control sindical y las colectivizaciones de la C.N.T.-U.G.T.) es lo que cuesta más y nunca se puede conseguir, si falta la unidad de acción y lucha que tanto necesitamos los trabajadores del interior y del exilio.

El franquismo con su cuarto de siglo de crímenes y genocidios, sólo representa una ofensa a la historia de España que, contra todas las adversidades, está escrita para dignificar la condición humana del hombre, por el proletariado español.

La caída del grotesco Mussolini español, general Primo de Rivera, reportó el derrumbe de la Monarquía y la proclamación de la República. Es una tremenda incógnita lo que sucederá en España a la caída del «Gauleiter», vencedor vencido.

Veinticuatro años de tiranía y falsedad han hecho fermentar el descontento y la rebeldía que ya nada ni nadie puede controlar, ni desde dentro ni con apoyos condicionados desde fuera. La digna España de Casado, el coronel caballero y militar, de Besteiro, de Durruti; la España liberal y antitotalitaria, la de la U.G.T. y de la C.N.T., es la única que tiene por convicción y no vendida a nada y a nadie, el papel más limpio que en definitiva será valeroso y cotizado con el altruismo y la abnegación de siempre a la próxima caída de toda la taifa de aventureros que pretendían paralizar para siempre la misión histórica que le compete al proletariado español.

Méjico, 1960.

**A. I. T.**

Suplemento número 32 (Junio-Julio) **SUMARIO**  
«A.I.T.» : Editorial: «Le fascisme aux aguets». — «Regard Latino-Américain». — «Venezuela», par Victor García. — «L'actualité commentée». — «Le IX Congrès de la C.N.T. française». — «Le Congrès de la C.N.T. d'Espagne en Exil». — «Manifesto del Secretariado Intercontinental». — «Message de l'A.I.T. au peuple espagnol». — Noticias del mundo. — «Desde EE. UU.». — «Los obreros negros fundan un Comité de acción», por Marc Ellin. — «La máquina de guerra alemana en marcha». — Asambleas y Congresos.

**SUPLEMENTO.** — «Revolución sin totalitarismo». — «La Revolución española». — «Páginas de la Historia. Posiciones de la C.N.T.: Finalidades y objetivos inmediatos». — «Alianza revolucionaria». — «Recuerdo a los caídos». — «Anónimos precursores de aquel Julio», por Cosme Paulés. — «La Révolution espagnole», par Federica Montseny. — «Espagne», par Jean Cassou. — «Pages de l'Histoire: Manifeste du Comité National de la C.N.T. (1936)». — «Ma-

nifeste de la F.A.I. (1937)». — «Manifeste des Jeunesses Libertiaires». — «L'exode espagnol». — «Aperçu d'ensemble sur le Mouvement Libertiaire Espagnol», par René Lambert. — «Les luttes sociales en Espagne», par Germinial Esglesas. — «Tout change et doit changer encore», par Marcel Lepoil. — «Nouvelles du monde». — «Œuvre constructive».

Numerosos grabados, algunos de gran formato.

«A.I.T.-SUPLEMENTO» forman un número especial de 16 páginas dedicado a la Revolución Española, y todos sus textos son interesantes.

Compañeros: Leed y difundid el órgano de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

**CONVOCATORIA**

La F. L. de Orléans convoca a todos sus afiliados a una asamblea general que tendrá lugar el sábado 6 de agosto, a las 21 horas, en la Biblioteca Popular de la rue des Fensses.

Se ruega la puntualidad.

**MI SIMPATIA POR LA RESISTENCIA ESPAÑOLA**

Lejos de mi suponer que en España se hace una revolución anarquista, a pesar de las realizaciones sindicalistas, más o menos matizadas de sindicalismo libertario, en Cataluña. Lo que verdaderamente se hace en España — creo estar bien informado — es una guerra contra el fascismo español y el extranjero invasor. Nada más que esto. Esta guerra precisa una adecuada administración de las cosas. En cuñto al régimen que sustituirá a esta organización especial, en la que colaboran todas las tendencias obreristas y políticas de izquierda, hasta en el caso en que los nacionalistas sean vencidos... esto es ya otra cosa.

No obstante, mi simpatía está al lado de los que combaten, se sacrifican, sufren y mueren combatiendo contra el nacionalismo europeo. Tengo horror a la guerra, al empleo de la violencia, al recurso de las armas, a la inmolación de la más simple de las existencias humanas. La fuerza bruta y el recurso a los medios destructivos me repugnan enormemente. Ver a un hombre o a una mujer con uniforme me horripila, pero, pese a ello como individualista anarquista, justifico como consecuencia mi simpatía por quienes resisten en España a los asaltos de la bestia fascista:

te los agresores, crueles, bárbaros y feroces. Naturalmente, mi simpatía se la granjean quienes resisten a su agresión.

2 He declarado siempre, respecto al advenimiento de la «sociedad sin gobierno» (la anarquía), que prefiero, a falta de cosa mejor, al gobierno que no gobierna, el gobierno que gobierna menos. Y el gobierno que pretenden instaurar en España Franco y compañía es un estado totalitario, inquisitorial, casi peor que los de Mussolini e Hitler; por lo que tienen mi antipatía los nacionalistas de allende el Pirineo.

3 Personalmente me hallo amenazado — y los de mi mundo igualmente — por la victoria eventual de los fascistas españoles, porque la repercusión de este lado de los Pirineos es cierta. En Francia no faltan admiradores de esos señores, que intentarían seguir su ejemplo reduciéndonos la poca libertad de acción y de expresión de que gozamos aún.

Mi simpatía está al lado de los que resisten, allende los Pirineos, a la agresión del militarismo fascista y se empeñan en derrotarlo. Una vez la victoria conseguida, ya veremos.

Paris, 1937.

E. ARMAND.



1 La tendencia individualista a la que pertenezco niega siempre la razón al agresor, al invasor, que le considera el enemigo número uno. La oposición, la resistencia al agresor, es una de las bases constructivas de nuestro individualismo. Y tanto si las circunstancias la comportan activa o pasiva, abierta u oculta, la resistencia realiza el derecho de legítima defensa, que consideramos como uno de los atributos esenciales de la unidad humana.

Respecto al «drama español», Franco y los suyos han sido, evidentemente

**ANTECEDENTE QUE NOS ADVIERTE**

(Viene de la pág. 1.)

de los humildes, en el lar madrileño, como jamás se había vertido en España en combates callejeros contra las fuerzas reaccionarias de la armada, en aras a la libertad que el pueblo siente ardentemente. Todo lo espúreo del tradicional ejército español, que contaba Madrid, se echa a la calle al mando del general Córdoba. El combate es permanente y en todas partes. En la Puerta del Sol y principales calles madrileñas se levantan barricadas. No obstante las recomendaciones de la reina, entre los militares y el pueblo queda excluido todo ribete de misericordia.

Ante la magnificencia de dicha jornada, los cuadros de Villalar quedan opacos; la entereza popular escribió un capítulo de gloria que Franco y sus colaboradores no deben olvidar. Aquel 19 de julio tuvo como sucesor, encarnación del mismo espíritu y de idénticas circunstancias históricas, el 19 de julio de 1936. En ambas fechas y acontecimientos, los militares fueron los protagonistas. Es la fuerza retrógrada de España, la cuna de oposición al progreso y bienestar de nuestro pueblo, con la que inevitablemente se librarán batallas similares a las habidas, y probablemente a no tardar mucho.



## Páginas de ayer y de hoy

# JORNADAS DE GLORIA Y ORGULLO Y RECUERDOS DE DOLOR...

La distancia que nos separa de la revolución española de 1936, permite ver mejor que un año antes su significación y su enorme importancia.

Sin embargo, aun sintiendo imperiosamente la necesidad de una vivisección de todos sus episodios, un complejo de factores nos impide comentarlos con la serenidad indispensable para poner sobre el tapete el carácter, infinitamente vario en las formas, único en el pensamiento y nuevo en los objetivos fundamentales, de la subversión más amplia y más profunda que los hombres han llevado a cabo en el curso de la Historia.

Viendo claro, tras análisis frío, lo que aquellas jornadas habrían podido dejar, y parangonando las magníficas perspectivas que ofrecían con la triste realidad actual de nuestro país; pensando que un esfuerzo sin precedentes había conseguido hundir todos los poderes y todos los privilegios de manera que parecía definitiva —y debió serlo—, y que hoy esos poderes y esos privilegios han resurgido en las mismas formas que revestían antes que la gran revolución del siglo XVIII viniese a borrar la vergüenza del feudalismo aristocrático, sentimos el ánimo atenuado por una mezcla de orgullo y de dolor.

Orgullo —que reputamos legítimo— por lo que se hizo. Dolor intenso por los errores cometidos en todas las cosas y a cada momento. ¿Cometidos por el pueblo? De ninguna manera. Cometidos por aquellos que no tenían derecho a equivocarse y que habrían evitado el error recordando, simplemente, lo que habían afirmado millares de millones de veces antes de julio del 36.

Las teorías del pasado —medida inconfundible de los hechos presentes— fueron abandonadas como un trasto viejo sin valor. Se olvidó el sentido peligrosamente negativo de ciertas contradicciones y de ciertos dualismos. Se olvidó que una revolución tiene necesidad de un principio —que se convierta en su bandera—, sin cuyo requisito puede perfectamente reconstruir, dándole más fuerza todavía, las instituciones ya derribadas. Se olvidó que cuando un movimiento comienza a negar los principios a que se propuso dar vida desde el primer momento —y más aún cuando ya los ha realizado en parte—, deja de saber adonde va y está fatalmente condenado a muerte.

También se olvidó que el federalismo es el basamento natural de la concepción en cuyo nombre sostenían algunos, con aire profético, que una cosa son las teorías y otra cosa muy distinta los hechos, o sea la realidad.

¿Qué fué el centralismo en que se cayó después de las primeras semanas? ¿Obra de la ignorancia? ¿Producto del espíritu ocultamente autoritario? Sea de ello lo que fuere, no se supo ver que el centralismo es la piedra angular de la superestructura social moderna, que pierde su equilibrio al ser suprimido, y que nuestro movimiento había zapado ya por la base. No se supo ver que el centralismo niega rotundamente todo aquello que la revolución había ya afirmado, aun cuando se le practique en nombre del Comunismo Libertario, y que sus prácticas aseguran todas las ventajas a quienes están decididos a imponer, bajo cualquier forma, el retorno al pasado.

Un principio necesita desarrollarse hasta las últimas consecuencias. Se comprenden todos los titubeos mientras que no se ha salido de las teorías. Pero una vez iniciada la práctica resulta indispensable llegar al fondo sin miramientos de ninguna clase.

Pero los elementos más significados, las más altas notoriedades —sin otro punto de apoyo, con frecuencia, que el hecho de ser miembro de uno de los organismos dirigentes— sentían la nostalgia del ordenamiento jurídico. Se pretendió mecanizar el movimiento, sin ritmo aparente, de una fuerza volcánica. Se pretendió dar un método a las vibraciones, sin compás visible, que constituyen el nervio poderoso y las vértebras de todas las convulsiones revolucionarias.

«Es necesario —se decía— adaptarse a la realidad. ¿A cuál? Porque teníamos dos ante los ojos: la supervivencia, ya agonizante, de ciertas formas del pasado, y vastas zonas del mundo nuevo, en las que toda traza del viejo mundo había ya desaparecido. Y se reclamaba —por lo menos

tácitamente— su reconciliación, ni más ni menos que si los dos modos pudieran coexistir sin que el uno intentara la destrucción del otro. El desorden resultante del choque entre ambos, infundió espanto y dió lugar a que principiara a hablarse del orden revolucionario, basado en las concesiones ininterrumpidas a todos los anacronismos que negaban ese orden sin reparos.

Y vino —desdichadamente— la adaptación a la realidad. A la vieja realidad, en detrimento incuestionable de la nueva. Ese gran descubrimiento fué una puñalada al corazón del movimiento. Sus genitores pueden sentirse orgullosos de él. La autoridad, los poderes hundidos ya en las catacumbas de la Historia levantaron de nuevo la frente, y fueron restablecidos los privilegios económicos.

La centralización, tolerada por los federalistas como único medio de dar mayor firmeza a las conquistas revolucionarias y de hacer frente a los enemigos de la revolución —perfectamente conocidos—, realizaba su obra nefasta.

Y la revolución fué estrangulada...

Ninguna responsabilidad por lo ocurrido alcanza al pueblo. Ninguna. En el sentido más absoluto. El pueblo supo —sin consejos ni discursos de los dirigentes— llevar a cabo rápidamente —alguien ha dicho que demasiado rápidamente— la transformación. Supo derribar aquello que impedía reconstruir.

Por primera vez en la historia del mundo, no hubo ni un solo individuo —hombre, mujer, sano, enfermo, anciano o niño— sin pan, sin vestido, sin calzado, sin techo. A todos les fué asegurado desde el primer momento lo que es indispensable para vivir. Los productos de todas clases concentrados

en los grandes almacenes fueron puestos a libre disposición de sus legítimos propietarios.

Por primera vez en la Historia del Mundo, el individuo se sintió libre en todos los sentidos y dueño de sí mismo. Nadie gobernaba. Todos los medios de coerción habían desaparecido. La autoridad no existía. La voluntad del pueblo a través de cada individuo, era soberana.

El pueblo —o por instinto certero, o por la capacidad que alcanzara— brindó prueba concluyente de saber que las dominaciones políticas y los privilegios económicos se determinan de una manera recíproca. Y los suprimía en un santiamén. Con los hechos. Por su propia mano. Sin necesidad de consultas previas con nadie.

En la ausencia de toda autoridad y de todo privilegio no hubo disidencias ni choques. Se discutían todos los problemas. Particularmente aquellos relacionados con la coordinación económica. Y como quiera que los trabajadores no se dividían ya en centrales y subalternos, llegaban fácilmente a ponerse de acuerdo.

La nueva vida ponía de relieve

cuánta razón tenemos nosotros al afirmar que en las relaciones entre los hombres —si sus intereses son concordantes— los fenómenos no pueden diferir de aquellos que registramos cuando se trata de las relaciones en el mundo de lo infinitamente grande, como los astros, o en el mundo de lo infinitamente pequeño, como las moléculas.

Cada uno permanece en su órbita, sin destruirse recíprocamente. Cada uno respeta la libertad del vecino, sin que ese respeto signifique una limitación, sino un complemento de la propia. Todos los individuos conservan su jurisdicción y su autonomía, resultando de ello organismos de variedad infinita y coordinaciones superiores.

Los hechos suministraron en mil circunstancias la prueba definitiva de que —contrariamente a lo que sostiene todas las escuelas autoritarias— cuando los hombres se sienten unidos por la comunidad de los intereses —en el doble sentido político y económico—, saben ofrecer alto ejemplo de armonía y de solidaridad, ya que, entonces, se dan cuenta de que cada uno, además de vivir de sus propios

elementos, viva también un poco de aquello que toma de los otros, exactamente igual que en el mundo de la materia inorgánica.

Pero esa relación armónica entre los individuos desapareció en el momento de entrar nuevamente en funciones la autoridad en sus diversas formas.

Se trata de un hecho. Y este hecho constituye una lección que no puede ser olvidada.

A los elementos políticos —que intervinieron en todo a partir del momento en que se habló de adaptarnos a la realidad— no les bastaba con estrangular el movimiento. Necesitaban, además, deshonrarlo. Y así vimos a los acostumbrados a llamar revolución a sus dictaduras, calificar de dictadura nuestra revolución. Se desgañaban proclamando que establecer una forma de convivencia que no tuviera el consenso unánime del pueblo, sería a todas luces dictatorial.

Y nosotros fuimos lo suficientemente ingenuos o lo suficientemente estúpidos para caer en la trampa...

Eusebio C. CARBO.

## LUZ Y TAQUIGRAFOS

Nos vamos alejando de aquel 19 de julio solo por los años transcurridos, pero cada día nos encontramos más identificados con aquellos principios que hicieron posible las realizaciones embrionarias anteriores y posteriores.

No queremos legar a nuestros hijos la leyenda de un mito fabuloso ni que aristarcos funcionales falseen la verdad histórica a su antojo. No será mucho pedir a los que forman las generaciones que suben que digan la

verdad, «toda la verdad y nada más que la verdad», delante de la justicia humana, ya que siguen mintiendo delante de lo que ellos dicen ser la justicia divina.

Existe en el interior de España gran parte de la juventud que ignora los motivos y los hechos de aquella jornada gloriosa y sus secuencias, porque desde hace 21 años se les falsea lo que deberían saber con toda objetividad.

Que no se hable de la Iglesia o del mundo del silencio aludiendo a la escasa libertad a que en ciertos países del Este de Europa está sometido el culto y el clero católico apostólico de Roma. Se han escrito montones de alegatos protestatarios dirigidos a designar tal bochornosa situación, pero los campeones de la coexistencia parecen desconocer que en España no se puede dialogar libremente como no sea de fútbol o de toros. Y sin dialogar no se puede formar un estado de opinión orientada a la luz de los acontecimientos.

Cuando no se teme a la verdad, se deja hablar y escribir con toda libertad. Y precisamente por esa misma razón el franquismo ha suprimido los derechos del hombre y ha dado franquicia gratuita para que puedan ejercer tal primicia a los que de la calumnia hacen un acto de fé. Y es por tal motivo —como en ciertos medios de barrios bajos— que tratan de suprimir por acción traumática o por sistemas pseudocientíficos a los «que saben demasiado» de los acontecimientos que se produjeron en aquel 19 de julio de 1936 y del estado de cosas anterior y posterior a dicha fecha.

El asunto español no es un error judicial, pues como tal error no lo fué nunca. No se trata de una monstruosidad jurídica internacional porque depasa, retorciendo judicaturas, todos los límites previstos por las leyes y los códigos. Es un atentado a los derechos humanos, a los derechos de gentes a colocar las libertades individuales y colectivas en secuestro durante 21 años sin interrupción ni apelación posible.

Pero apesar que la mentira lo ha corrompido todo, no se puede engañar toda la vida a toda la opinión sensata y con deseos de ser informada. La verdad, andando el tiempo, desborda siempre a la mentira y en esta ocasión, apesar de las mil artes empleadas por el franquismo para enlodar a los exilados españoles, aires de fronda empiezan a despejar la atmósfera turbia de la sinrazón.

Hemos podido establecer fácilmente contactos con jóvenes del interior que ignoran nuestros principios y la generosa actitud nuestra antes y después del 19 de julio. No comprenden, de momento, que nosotros queríamos que España dejara de ser la Cenicienta de los países de Europa; que queríamos al propio tiempo elevar el nivel cultural de nuestro pueblo conjugando con Joaquín Costa el precepto humano de «Escuela y Despensa»; queríamos —y por eso luchamos contra la reacción coaligada— que se terminara para siempre el deplorable estado del agro español, que ni «herraba ni quitaba el banco», cuyas tierras en manos de la nobleza, de terratenientes y de los hijos de papá desocupados, se encontraba poco menos que abandonada y no producía de acuerdo con las necesidades racionales del pueblo español. No querían que produjera porque para tales hijos y tamaños padres ya producía bastante aunque el campesinado profesional español se muriera de hambre. Los jóvenes con los que hemos podido esta-

blecer fácilmente contactos no sabían que queríamos arrancar de las manos de tales «rois féneants» de la gleba esas extensiones de terreno y distribuir las entre los que sabían y querían hacerlas producir en beneficio no sólo de una clase despreciable sino de la totalidad del pueblo español. El patriotismo que les habían enseñado en las escuelas no penetraba dentro de los arcanos oxigenados de la verdad y quedaban en los umbrales del templo sagrado, empapados de ergotismo fratricida, dispuestos a lanzarse contra todo aquel que dijera, dentro y fuera de España, que el franquismo erraba y que el prototipo de patriotismo no lo delineaban en las covachuelas y baldiques de El Pardo y demás sucursales afines.

La civilización española, como la de no importa qué país del mundo, está compuesta de dos aleaciones o factores indisolubles: el hombre y la naturaleza. Don Rafael Altamira destaca sabiamente estos factores y la influencia mútua que ejercen en el progreso humano. No vamos a decir que por arte de magia los caracteres y civilizaciones regionales españolas se encontrarán emancipadas de la noche a la mañana, ni que tuvieran un impulso común y uniforme. El culto catedrático de la Universidad de Oviedo contrastaba el carácter y modo de ser de los pueblos que viven en las montañas y el de los pobladores de los valles; el de los ribereños del mar y el de los de tierra adentro; el de los países fríos y el de los países cálidos; el de las tierras fértiles y el de los que habitan los parajes yermos. Pero en no importa qué latitud del planeta, la delimitación geográfica tiene que ir ligada a la iniciativa individual y al libre acuerdo entre los hombres. Cuando esta libertad de movimientos no existe, los vergeles se convierten en áridos caóticos, y sus habitantes son exilados —el peor de los exilios— dentro de su propia patria.

Estos jóvenes que, por unos momentos, respiraban aires de libertad, se encontraban desconectados de aquellos medios universitarios en cuyas aulas no les enseñan ni la verdadera historia de España ni nada de lo que significa liberalismo y cuyos principios son la base de toda convivencia política social dentro de un mundo comprensivo y tolerante con todos los sistemas morales y filosóficos, que es la mayor grandeza que a mi juicio puedan tener los pueblos civilizados. Hemos podido constatar que nuestros interlocutores, educados bajo mandato eclesiástico y sometidos a largos años de dictadura franquista, tratan de coordinar pensamientos ante el enigma de un próximo mañana, y aunque no aciertan a darle un nombre laico o bautismal, lo esbozan bien repleto de tonalidades sociales, que pueden llegar a límites insospechados, incluso para los que vamos más allá en el incansable batallar por la existencia.

El nombre no hace el caso, como el hábito no hace al monje, y es por eso que en el laberinto indeterminado de la juventud de la España de hoy, tenemos fijada una singular atención y dentro de las nebulosas ideológicas que inspiran sus impulsos, el franquismo no ha podido borrar las huellas generosas que inspiraron aquel 19 de julio, que una vez más conmemoramos en el exilio, bajo el signo de continuidad que brindamos honradamente a nuestros inquietos dialogantes, para que valoricen, en marcha ascendente, los principios por los cuales sus padres lucharon y murieron.

Vicente ARTES.

### IMAGENES Y RECUERDOS DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA



Cuando los hospitales y los laboratorios estaban controlados y organizados por la C.N.T.